



ÉPOCA 4.<sup>a</sup>—AÑO XII.—TOMO X.

NÚMERO 8.<sup>o</sup>—Madrid 15 de Marzo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS

Tres meses..... 16 rs.  
Seis meses..... 30 »  
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO

Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.  
Un año..... 4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO

Seis meses..... 11 fr.  
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses..... 3 1/2 ps. fs.  
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard.—*Carta de Roma*, por J. M.—*Los grabados*.—*Clamores furiosos contra los abusos de la Iglesia*, por Fr. José Coll.—*El Trisagio*.—*Tradiciones de Tierra Santa*, por M. Polo y Peyrolón.—*Compasión para con el vencido*, por Fernando Sevilla.—*La Sagrada Lanza*.—*Obra de la Santa Infancia*.—*Discurso de Su Santidad al Sacro Colegio en el aniversario de su coronación*.—*Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*.—*El Arte religioso*, por M. de A.—*Bibliografía*.—*Noticias*.—*Necrología*.  
GRABADOS.—*La venerable Madre Sor María de Agreda*.—*El colegio de Calatrava en Salamanca*.—*El entusiasta por la Botánica*.

LA DECENA

**D**ERO ¿no llueve este año? Tal ha sido la pregunta más generalmente repetida durante los meses últimos por los madrileños y por casi todos los españoles. Por fortuna, el periódico oficial viene desde hace una porción de días citando gran número de provincias en que se ha logrado el beneficio de la lluvia, con lo cual, aunque algo tardamente, parecen conjurados no pocos peligros.

Los panaderos, á quienes la noticia de la lluvia no ha hecho mucha gracia, se han desentendido de ella y han tenido por conveniente subir el precio del artículo que expenden, con lo cual ha surgido el eterno conflicto, demostrándose una vez más que, al menos los madrileños, sufrimos á diario una considerable estafa. Ciertamente que las ordenanzas municipales autorizan al comprador á que se le venda el pan al peso; pero la costumbre, más fuerte que todas las órdenes del Municipio, hace que los panaderos nos sirvan á domicilio, habiendo de fiarnos de lo que nos traen, ó nos llevan á comprarlo en las tahonas, sin que intervenga para nada el peso. El pan, el agua y el carbón son los tres artículos en que concedemos al vendedor una buena fe, que está muy lejos de merecer.

Algunos tenientes de alcalde, que se han dedicado en estos días á pesar el pan de los tahoneros, les han decomisado no pocos kilogramos y les han impuesto multas; pero sabido es que estos castigos son contraproducentes, y que á la vuelta de algunas semanas los consumidores habremos pagado con exceso las multas y los comisos.

En las tahonas se promueven á diario las más rudas contiendas, por haber individuos que quieren comprar el pan al peso y vendedores que se niegan redondamente á ello, ó que, accediendo á la exigencia, completan las deficiencias de los panecillos con algún repugnante mendrugo duro y al que acaso ha tratado en vano de dar el *exequatur* el perro de la tahona.

La carestía de los artículos de primera necesidad es general en Madrid, y las estadísticas de consumos demuestran que aquí se come poquísima carne y que son contadas las familias que beben vino. La gula exhibe sus escarapantes en las calles más céntricas y llena de reclamos la cuarta

plana de los periódicos; las tabernas arrojan de su seno á unos cuantos individuos ebrios y que llevan el escándalo consigo; pero en cambio, la miseria modesta y sombría se oculta en casas faltas de toda condición higiénica y allí vegeta y acaso muere allí por esa terrible dolencia que acusa no pocos sufrimientos sociales: la *anemia*.

No es fácil pronosticar hasta dónde llegará el problema del pan caro, y si, como en otros tiempos, tendrá el Ayuntamiento que fabricar pan en las factorías militares para venderlo en algunos puestos especiales. De desear es que los tahoneros no den ocasión para ello, y que resignándose á ganar algo menos, no se curen en salud vendiendo hoy á elevado precio el artículo que elaboran, por si más tarde sube el precio del trigo.

En el párrafo anterior he indicado algo acerca de las tabernas.

En éste debo consignar que, de algún tiempo á esta parte, se repiten casi á diario en Madrid ataques contra la seguridad personal, sin causa ostensible que los razone. Un individuo que recibe una puñalada por la espalda y cae á tierra mientras que el desconocido agresor logra ponerse en salvo, es un caso terrible, pero que puede tener explicación en enemistades antiguas ó espíritu de venganza. Pero este caso, repetido dos, tres y diez veces, denota algo más y algo que las autoridades tienen el deber

de prevenir. La Dirección general de Seguridad, fundándose seguramente en esto, ha recordado las prohibiciones vigentes sobre clausura de las tabernas á determinada hora, y prohibición de usar armas que no justifique el empleo ó ocupación que se ejerza; pero tengo la triste certidumbre de que su circular será leída con chacota en los templos de Baco, y de que la navaja seguirá ejerciendo pública y privadamente, rasgando tejidos y buscando visceras, sin temor á los castigos del Código. De algún tiempo á esta parte, con grave escándalo de la moral, apenas pasa día sin que aparezca en la *Gaceta* algún decreto de indulto por crímenes horribles.

Una verdadera devanadera:

El criminal realizando todo género de tropelías. Los jueces sentenciando.

Y el Ministro de Gracia y Justicia indultando.

Es de presumir que el ilustre personaje que hoy desempeña esa cartera, y que hasta ahora ha prestado tanto oído á la piedad, acabará por meditar serenamente sobre el desorden que engendra benignidad tan excesiva, y no se prestará á aconsejar una clemencia que honra á sus sentimientos personales, pero no á las condiciones que debe tener un representante y fiel guardador de la ley.

Bueno y santo que se dulcifiquen los Códigos; que se proscriban—si así lo exigen las escuelas políticas—las penas irreparables; que se den al penado comodidades y bienestar en las cárceles y presidios; pero bueno será también que no todos los beneficios sean para los señores criminales, y que nos toque algo á los que no hemos tenido relaciones de cierto género con los tribunales de justicia.

En fin, ahora parece que con eso del jurado vamos á progresar notablemente, más, mucho más que lo ya progresado con el juicio público. Y eso que el juicio público ha venido á llenar un gran vacío: el de los que carecen de dinero para asistir al teatro á ver los dramas de Echegaray y de Cano y son aficionados á las emociones fuertes.

Volviendo á la primera parte de este artículo, la del pan caro, no quiero que pase la oportunidad sin aconsejar que si el Ayuntamiento establece puestos por su cuenta, no lo haga, como la vez última, en la calle de Segovia debajo del Viaducto. Porque si siempre atrae el abismo á los que cruzan por el puente, ¿cuánto más no les atraerá el olorillo del pan?

—¡Usted trataba de suicidarse!—decía un agente de Orden público á un hombre á quien sorprendió en 1884 subiéndose á la barandilla.

—No, señor; buscaba el camino más corto para ir á la tahona.

Respecto á la prohibición y recogida de armas será conveniente colocarlas donde no puedan volver á servir, ó destruirlas, ya que aquí no podemos hacer lo que un gobernador de Málaga, que en un día hizo



LA VENERABLE MADRE SOR MARÍA DE AGREDA,  
Autora de las célebres cartas al Rey Felipe IV.

Ayuntamiento de Madrid



arrojar al mar 20 escopetas, 12 retacos, 28 pistolas de dos cañones, 3 de uno, 5 revólvers, 7 estoques y 218 faças.

— Tendrá que abandonarse el oficio — decía á la sazón un pescador tímido.

— ¿Por qué?

— Porque, armados los peces, se defenderán á tiros. Y en lo sucesivo habrá que comer con precaución, no sea que dentro de algún besugo nos encontremos un bastón de estoque.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

## CARTA DE ROMA

Roma 9 de Marzo de 1887.

**S**ABIDO es y notorio que las tumbas, los recuerdos y los escombros de la Roma pagana son uno de los menores atractivos de la Roma actual. Con mucha erudición y buena crítica lo ha probado bien claramente un ilustre escritor, que es gloria á la vez de las letras y del Clero español, quien tiene publicado un bonito estudio sobre la transformación de la Ciudad eterna, fundando principalmente sus observaciones en el maravilloso contraste que ofrecen los recuerdos de la Roma pagana con los recuerdos y los monumentos cristianos. No debe creerse, sin embargo, no revistan nunca su importancia los estudios arqueológicos respecto á monumentos que no llevan sello de edad cristiana, pues ahora mismo prueba lo contrario una polémica científica que divide en dos bandos á los arqueólogos de Roma. Trátase de una pintura al fresco que adorna y hermosea la parte superior de un arco de colosales dimensiones, y que se conserva bastante bien, en el antiguo cementerio de Domitilla. No tan satisfactorio era el estado de conservación de dicha pintura, principalmente por lo muy cargada que estaba de polvo, y tal vez á consecuencia de algunas reparaciones encargadas á maestros no muy hábiles. Por eso, no hace mucho, el alemán Sr. Wilpert pidió y obtuvo de la Comisión de arqueología sagrada la necesaria licencia para limpiar dicha pintura; lo hizo con tan feliz éxito, que desde luego apareció considerablemente aumentado el mérito artístico de la pintura. Pero lo que está ocasionando disputas entre los arqueólogos es el tema mismo de la pintura, pues los pacientes trabajos de Wilpert han sacado otra vez á luz la arrogante figura de un personaje que está sentado, tiene abierto un libro delante de sí, y levanta la mano en actitud imperiosa; — á ser español, llevaría un bastón de mando; — á su derecha parece estar una mesa con un gran vaso redondo encima, y sobre la mesa apoya sus manos un caballero; á la izquierda, en cambio, vienen dos hombres, tiene el uno un *flagellum*, y el otro una balanza; más allá, y muy á lo lejos, parecen verse algunos edificios. Llama desde luego la atención tal género de pintura, por ser muy distinto del que se acostumbra en los cementerios; pero ¿qué representa esa escena? ¿por qué ese conjunto de personajes y de instrumentos? He aquí la cuestión debatida entre los arqueólogos. El citado Sr. Wilpert sienta la base, y en esto merece el asentimiento de todos, que la pintura en cuestión pertenece á la clase de las que reproducen ó expresan «escenas de la vida real»; pasando luego á determinar en concreto cuál escena «real y verdadera» representa su pintura, dice que es algo relativo al oficio de la anona que, como es sabido, cuidaba de la provisión de víveres para los habitantes de la ciudad. Se comprende el argumento que saca Wilpert de los vasos é instrumentos á que me refiero anteriormente; pero en favor de su opinión hay también otro argumento, y es la sentencia, harto común entre los arqueólogos, que señala el sitio en donde conservase el arco con la pintura en cuestión, como el punto y lugar del cementerio donde tenían su sepulcro especial los panaderos que formaban el *corpus pistorum* y los empleados ú oficiales de la *Annona urbis*.

Sin embargo, el príncipe de los arqueólogos romanos, el ilustre De Rossi, aunque sin rechazarla por completo, dice que la interpretación de Wilpert no pasa de conjetura hábil é ingeniosa, porque echa de menos varios instrumentos y emblemas que, en su concepto, no deberían faltar, por si se tratase, cual pretende Wilpert, de una escena relativa al oficio de la anona; cita entre ellos el moyo para trigo, cuya medida fué siempre el emblema del *corpus pistorum* y del *praefectus annonae*. Efectivamente, se conservan en la antigua Capua dos bajos relieves que representan el momento en que un magistrado ó funcionario público preside el acto de verificarse el peso del pan, y no falta en dichos bajos relieves lo que se echa de menos en la pintura arriba descrita.

También le parece á De Rossi sea la balanza demasiado pequeña para pesar el trigo ó la considerable cantidad de pan que exige la provisión de una ciudad; pero no parece tener mucha fuerza esta segunda objeción, pues ¿quién sabe si no quiso el pintor representar la distribución de trigo ú otros cereales al por menor? Sea de esto lo que se quiera, mi narración y comentarios no tienen más objeto que el de convencer que es Roma la ciudad de las joyas artísticas; aun muchas quedan por descubrir, pero tenemos aquí una muy activa é inteligente sociedad arqueológica, que no repara en trabajos y estudios para sacar á nueva luz los monumentos que las múltiples invasiones bárbaras han sepultado bajo el suelo de Roma, ó ilustrar los que hayan sufrido por la acción del tiempo.

Ha llegado á Roma el Emmo. Cardenal González, Arzobispo de Sevilla, que ha de recibir el capelo cardenalicio y el título de alguna iglesia de Roma en el consistorio público del 17; le acompañan muchos eclesiásticos y varios seglares también, entre éstos he visto al antiguo subsecretario de Ultramar, D. José Nacarino Bravo; todos han sido recibidos hoy por el Papa, y excuso añadir que salieron muy complacidos de la paternal acogida que les dispuso León XIII. Siempre el Papa demuestra particular afecto á los españoles; pero hoy tenía dos motivos más para mostrarse benévolo y cariñoso con los españoles: era el uno la feliz terminación de las negociaciones respecto al matrimonio, cuyo resultado se debe en gran parte al prestigio de que goza aquí el Sr. Groizard, y otro motivo debía ser también, á mi entender, la satisfacción con que Su Santidad recibió ayer de manos del mismo Sr. Embajador el precioso anillo que le envió la Reina Regente, y cuya noticia tuve el gusto de adelantar en mi carta anterior: se ha notado que el zafiro del medio y los brillantes que le rodean representan los colores de la Purísima, y se ha elogiado mucho esa feliz combinación en un regalo que hace la Reina Regente de España á Su Santidad.

La crisis política italiana no ha tenido solución, á pesar del tiempo transcurrido. ¿Qué contraste con la precipitación con que en nuestro país se ha resuelto la ocasionada por la dimisión del ministro de la Guerra! Por ahora siguen, por tanto, todos y cada uno de los ministros dimisionarios; parece, sin embargo, que el conde Robilant insiste en su renuncia, en cuyo caso indicase que la cartera de negocios extranjeros pasará á manos del Sr. Barón Blanc, ministro que fué en Madrid y que debía marchar de un día á otro á representar á su país en Constantinopla.

J. M.

## LOS GRABADOS

SOR MARÍA DE ÁGREDA.

El hermoso estudio publicado por el Sr. D. Francisco Silvela acerca de la correspondencia epistolar seguida con el Rey Felipe IV ha puesto de relieve la figura de aquella ilustre servidora de Dios, de aquella monja perdida en un convento de Andalucía, y que siendo, como dice con su claro y fuerte estilo el Sr. Silvela «consejera de Reyes, consuelo de princesas en sus tribulaciones, confidente de magnates y cortesanos, visitada en su retiro por privados y ministros, no tenía, después de cuarenta y dos años de fundado el convento, una alfombra para el altar ni posibilidad para comprarla». Admirable es, con efecto, el ejemplo que ofrece esta humilde religiosa, que en el contacto y en la intimidad epistolar con el Monarca, dispensador entonces de todo honor y de toda merced terrena, continúa en la áspera estrechez y modestia de su vida y se olvida enteramente de sí misma, dando, sólo por amor de Dios, los tesoros de su alta inteligencia en beneficio del pueblo y de las almas, sin que una sola vez se vea alterada la pureza de sus pensamientos por el estímulo de la vanidad, á que son tan propensos los pechos femeniles.

Sor María de Ágreda, cuya representación ha sido objeto de tan encontrados juicios, nació en 1602 y murió en su convento en 1665.

EL COLEGIO DE CALATRAVA EN SALAMANCA.

El edificio colegio de Calatrava fué uno de los que tanto nombre dieron á aquella población y servía sólo para hijos de Caballeros de la Orden. Durante la invasión francesa le ocuparon los soldados extranjeros y este fué el principio de su destrucción, continuada después desgraciadamente hasta el punto de haber desaparecido las bóvedas de la capilla, todas las maderas, pisos y huecos de puertas y ventanas de la mitad de edificio y parte de las del resto.

El Excmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, último Obispo de la Diócesis, mandó hacer y costeó un rebajo general, que le salvara de la ruina, é hizo algunas otras reparaciones interiores, destinándole á archivo diocesano, casa de corrección.

El 22 de Septiembre último, y por iniciativa del ilustrísimo Prelado actual, Rdo. Padre Cámara, se procedió á una restauración general hoy casi terminada, habiéndose

instalado en parte de su planta baja cocinas económicas, sostenidas por el Rdo. Prelado y las conferencias de San Vicente de Paul de hombres, auxiliados de la caridad de los vecinos, donde, á más de las muchas raciones que se distribuyen de limosna, se dan á 10 céntimos media ración y á 30 céntimos la completa. Consiste la media ración en media libra de pan de primera y un plato de sopa de arroz ó pasta; y la ración completa, además de la sopa y el pan, de un abundante cocido compuesto de garbanzos, patata, carne y tocino.

La distribución se hace por dos Hermanas de la Caridad, auxiliadas de los socios de San Vicente de Paul, uno de los cuales explica la doctrina á los niños, de doce á una de la tarde.

Puede comerse en el local ó llevarse la ración á casa.

Cuando terminen las obras de reconstrucción del edificio, se trasladará á él un protectorado de industriales que hay establecido en la planta baja del Palacio Episcopal, cuyos locales no son ya suficientes al número de asistentes ni á las necesidades de la obra, sostenido también de caridad, confiados en la cual se han comenzado los trabajos de reconstrucción del Palacio de Calatrava y se espera, con el auxilio de Dios, terminarlos.

El protectorado hoy consiste en la enseñanza religiosa y artística de los obreros, los cuales tienen clases de instrucción primaria, geometría, dibujo en todos sus ramos, modelación, grabado, explicación del catecismo y conferencias de moral católica.

Cuando se traslade á Calatrava se montará el patronato del domingo, como hoy existe con gran fruto en el extranjero.

EL ENTUSIASTA POR LA BOTÁNICA.

Sus amores se fundan exclusivamente en el reino vegetal: todo lo que no sea éste es inútil para él. Se levanta con Tournefort, vive todo el día con Linneo y se acuesta con el «Diccionario de Agricultura» del editor Cuesta. Sus visitas son á los invernáculos y estufas, donde se pasa las horas muertas examinando si una planta polipetala es de la clase de las umbelíferas ó de las ranunculáceas. Para el entusiasta por la Botánica todos los sucesos del mundo son de poca entidad, y nadie recuerda haberle conocido más que una situación verdaderamente desesperada: la que originó para él la destrucción de gran parte del Jardín Botánico por el ciclón de 1886.

## CLAMORES FARISAICOS

CONTRA LOS ABUSOS DE LA IGLESIA.

Los enemigos del catolicismo ponen el grito en las nubes, movidos de la *santa indignación* que en ellos produce el considerar los abusos que en todo tiempo se han cometido en la Iglesia. ¡Angelitos de Dios; el celo de la casa del Señor les come las entrañas! ¡Ah! Por favor, almas escrupulosas, conciencias timoratas, ¡serenaos! Vosotros os escandalizáis hasta del mas mínimo abuso que pueda cometerse en la Iglesia; al paso que nosotros ni siquiera nos admiramos de ello, toda vez que, según enseña el Evangelio, es necesario que haya escándalos, y que los buenos se contemplen á manera de ovejas en medio de los lobos.

No son pocos en verdad los que pretenden que en la Iglesia fundada por Jesucristo no debieran existir, y mucho menos tolerarse los abusos. Mas esto no pasa de ser un bello ideal; abusos hubo desde un principio, los hay hoy, y en adelante los habrá; pero lo que lastima es que haya el mundo de ser siempre tan injusto, que de cien sacerdotes, si por acaso uno solo llega á hacerse indigno de su estado y ministerio, por más que los noventa y nueve restantes se muestren ejemplares, no hay perdón para ellos; como si se tratara del pecado de Adán, todos han de sufrir las consecuencias, á todos se ha de hacer solidarios de la culpa del caído. ¡Tal es el mundo!

Siempre, sí. Siempre ha habido abusos que combatir. Cuando la Iglesia era pobre, de en medio de los buenos surgieron ciertas almas venales que, enseñando falsas doctrinas, explotaban la credulidad de las muchedumbres. Después que tuvo bienes la Iglesia, pero que éstos se hallaban á disposición de los Príncipes, los legos, los intrigantes, los simoníacos, caían sobre la corte como bandada de palomas sobre un barbecho recién sembrado. Cuando estos bienes los gozaba el clero, no faltaba tampoco alguno que otro eclesiástico que sostuviese un lujo irritante, malversando de esta suerte lo que según los cánones debe ser patrimonio del indigente.

¡Pobre Jesucristo, si no tuviera otra recompensa que la gratitud de las almas compradas con el precio de su sangre! Entre los mismos Apóstoles hubo uno que le vendió, otro que le negó, otro que no quiso creer en su resurrección, y finalmente todos ellos, si se exceptúa San Juan, le abandonaron cobardemente en la mayor necesidad. ¿Qué prueba todo esto? ¡Oh! Yo confieso que sólo el tener presente lo poco, mejor dicho, lo nada que se puede



confiar en el hombre, y que es maldito de Dios el que en tan débil elemento se apoya, inflama en mi pecho el fervor y redobla mi adhesión á la Iglesia; porque ¿cómo pudiera ésta subsistir si su institución no fuera divina?

Verdad es que la vida del sacerdote debiera ser toda angelical; poco hemos dicho, supuesto que ni aun los mismos ángeles fueran dignos de desempeñar las sublimes funciones del ministerio sacerdotal; pero ¿qué queréis? Dios ha dispuesto que sus ministros sean hombres flacos y miserables como los demás, sujetos á la concupiscencia y con la misma libertad de indiferencia que el último de los hijos de Adán. Advertid, empero, que una cosa es la Iglesia y otra los pocos ó muchos sacerdotes que puedan cometer abusos en ella. La Iglesia, así como es inmortal, es también toda pura, santa é inmaculada; mientras que sus ministros son de naturaleza pecadores, y por servir en la Iglesia no se despojan de sus pasiones.

Cierto que Jesucristo prometió á los Pontífices en la persona de Pedro la infalibilidad en sus decisiones concernientes al dogma y á la moral, pero no les prometió la impecabilidad en sus obras; y así muy bien puede darse que un Papa no se muestre del todo intachable en su vida privada, puede acontecer que abuse de su poder; mas no por eso dejará nunca de enseñar la verdad, jamás faltará en la fe, ni caerá en el error en lo tocante á guiarnos como Pastor universal por el camino que conduce á la eterna salvación; y el saber esto debe bastarnos para vivir y morir adictos y sumisos á la cátedra de Pedro.

Que haya ó no abusos en la Iglesia, pregunto yo: ¿Quién ha constituido á los simples fieles en jueces de sus prelados? ¿Qué tengo yo que ver, ni qué me puede importar que ellos piensen ú obren en éste ó en el otro sentido? De los escribas y fariseos dijo el Salvador: «Guardad y haced todas las cosas que os dijeren; mas no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen<sup>1</sup>». La bondad ó malicia de los superiores ¿será tal vez causa de que falte el sagrado depósito de la fe, que Dios ha confiado á su Iglesia? No: «Judas, dice San Agustín<sup>2</sup>, predicó el Evangelio con los demás Apóstoles, y quien lo rechazó rechazó al mismo Cristo, el cual dijo: *Aquel que os desprecia, á mí me desprecia*». Esta sentencia del Redentor os condena sin apelación, incrédulos desdichados, porque no podéis despreciar la enseñanza de los sacerdotes so color de que alguno de ellos comete abusos.

Y bueno fuera que ante todas cosas dierais un repaso á la obra de Muzzarelli titulada *El buen uso de la lógica*, para que aprendierais á hacer distinción entre los abusos de la Iglesia y los abusos en la Iglesia. Los primeros nunca se dan, porque el cuerpo entero de la Iglesia no puede ser contaminado de abusos, ni siquiera hacer las paces con ellos; ei decir lo contrario sería tanto como asegurar que Jesucristo había faltado á su palabra, lo cual es imposible.

Los heterodoxos, y lo mismo los cristianos hipócritas que les hacen coro, afectan mucho duelo por los abusos que existían en la Iglesia á principios del siglo xvi. Para comprender lo que hay de verdad en esto preciso es tener en cuenta que los bárbaros oriundos del Norte habían invadido la Europa desde los primeros años del siglo v, y apagado en todas partes las luces de la ciencia, sin pensar apenas en otra cosa que en guerras y conquistas. La sabiduría del mundo antiguo únicamente pudo salvarse buscando su refugio en la apacible soledad de los monasterios. Desde luego plantearon los invasores el feudalismo, merced al cual unas veces la fuerza y otras la astucia é intriga de los príncipes y barones hacía entrar en el santuario como por asalto, á los hijos menores de la primera nobleza, los más de ellos sin vocación ni aptitud ninguna para un estado tan eminente. Por su parte, los Emperadores germanos invadían arbitrariamente las atribuciones de la Iglesia; arrogábanse el derecho de instituir y depone prelados, pretendiendo á la vez que éstos les prestasen pleito homenaje; resultando de este malhadado sistema llamado de las investiduras, que las más altas dignidades eclesiásticas venían á conferirse á sujetos completamente indignos.

«Los Reyes, dice Amat, para asegurarse el nombramiento de todas las prelacías, mandaban que no pudiese consagrarse ó bendecirse el nuevo Prelado antes de recibir la investidura; y como en toda consagración de Prelado, según el rito eclesiástico, interviene la entrega del báculo y anillo, mandaron también á los Gobernadores seculares, que luego de muerto el Obispo ó Abad se apoderasen del

báculo y anillo, y los enviasen á la Corte. Con esto el Rey, al que quería hacer Prelado le daba la investidura con el báculo y anillo, y el electo presentaba estas insignias al Metropolitano ú Obispo, para que se las volviese á entregar en la consagración ó bendición. Asegurada de este modo la Corte del nombramiento de los Prelados, se siguieron otros dos excesos intolerables: el dejar vacantes por mucho tiempo las prelacías para aprovecharse el Rey de sus rentas, y el otro todavía más funesto, de venderse muchas veces los obispados y abadías, poco menos que á pública subasta.»

Se dirá que podía haberse quitado á los señores legos el derecho que se atribuían de investir á los eclesiásticos y de exigirles sumisión y servicio. El decir esto es cosa muy fácil: si para sustraerse á tan penosa sujeción la Iglesia hubiese renunciado á sus temporalidades, hubiera quedado privada de toda consideración y jurisdicción, en un tiempo en que estas circunstancias iban anejas á la posesión de los feudos; y tras de esto, el látigo de los Césares hubiera más que nunca chasqueado sobre la cabeza de todo el Clero. «Los Príncipes de Alemania, dice un grande enemigo de los Papas<sup>1</sup>, todo lo allanaban con la espada: pero ciertamente los italianos tenían un derecho más natural para ser libres que el que podían tener los alemanes para subyugarlos. Los italianos nunca obedecían sino por fuerza á la sangre germánica; y esta libertad, que era el ídolo de las ciudades de Italia, respetaba muy poco la posesión de los Césares alemanes. En estos desgraciados tiempos, el Papado se ponía en subasta como casi todos los obispados; y si esta autoridad de los Emperadores hubiese durado, los Papas no hubieran sido más que unos Capellanes suyos, y la Italia hubiese sido esclava.»

Ya hubo un Gregorio VII que, apoyándose sobre las inmovibles bases de la justicia, decretó la deposición de los Clérigos que osaran recibir dignidades eclesiásticas de manos legas; fulminando á la vez la pena de excomunión contra los señores que las confiriesen. Y bien: ¿no se ha tachado de temerario á aquel Papa por obrar con tan justo denuedo? Y sin embargo todo ello no bastaba para atajar el mal, supuesto que sin un milagro de la Omnipotencia era imposible cambiar el curso de los acontecimientos. En efecto: ¿qué sucedió después de las salvadoras medidas adoptadas por aquel Papa? Que hostilizado el mismo por el Emperador Enrique IV de Sajonia, vióse precisado á huir de Roma, á cuya ciudad no pudo ya volver más. Aquel Santo Pontífice, uno de los más grandes que han ocupado la cátedra de San Pedro, exclamaba poco antes de morir: *Dilexi justitiam, et odivi iniquitatem, propterea morior in exilio*. Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro. Esto sucedía en 25 de Mayo de 1085.

Hubo también un Pascual II, el cual, llevado del mejor deseo, declaró que estaba pronto á renunciar á todas las regalías, con tal que el Emperador Enrique V de Sajonia renunciase á su vez las investiduras, con las cuales en manera alguna podía transigir; por cuya resolución tuvo que sufrir, como su predecesor, atropellos, persecuciones y cautiverios. Hasta se le llegó á despojar violentamente de sus ornamentos, atándole con cuerdas como un facineroso, y haciéndole objeto de las más brutales amenazas. Y, aunque prisionero y todo, hallábase dispuesto á perder la vida antes que suscribir á las tiránicas é implacables exigencias de los alemanes; empero habiéndole representado varios obispos el aflictivo estado de la Iglesia, y el inminente peligro del cisma que iba á reproducir todos los horrores de una guerra la más encarnizada, hubo de ceder las investiduras, aunque después se declaró nula esta cesión por haber sido arrancada con violencia. Esto tuvo lugar por los años de 1111.

Y por no hablar de otros Pontífices, á principios del siglo xiv, no pudiendo Bonifacio VIII tolerar que los príncipes continuaran invadiendo los bienes eclesiásticos, excomulgó á todo clérigo que pagase canon, así como á los legos que exigiesen tributo, prestación ó donativo sin licencia de la Santa Sede, como es justo, y se halla sancionado por el derecho canónico. Y ¿qué se siguió de esta enérgica cuanto noble actitud? Que Felipe el Hermoso de Francia, tan apasionado por las libertades galicanas, como enemigo de la autoridad del Papa, se apoderó de la sagrada persona de éste, y después que sus enviados lo llenaron de ultrajes hasta el punto de golpearlo con una manopla de hierro sin temor de Dios ni respeto alguno á sus ochenta y seis años, lo arrancaron bruscamente del palacio, y haciéndolo montar en un caballo sin silla ni riendas, después de pasearlo ignominiosamente por las calles, lo encerraron en

una prisión, donde le faltó poco para que muriese de hambre.

Con todo, no es exacto que los romanos Pontífices negaran á los Emperadores de un modo absoluto el derecho de investidura; lo que sí les disputaban era la investidura por el báculo y el anillo, no la que se hacía por el cetro: así que, en manera alguna se resistían á que los prelados en su calidad de vasallos recibiesen de su señor por la investidura feudal aquel mero y mixto Imperio, que era lo que realmente constituía el feudo. En compensación de este Imperio que recibía el feudatario eclesiástico, podía lícita y legalmente satisfacer á su señor el tributo, y tener aquella dependencia que era compatible con su estado.

Sino que lo que se pretendía era introducir en todas partes la simonía, adjudicándose los beneficios al mejor postor, hasta hacer de la Iglesia un feudo de la corona. Y este estado, por demás lamentable, duró cerca de tres siglos; lo cual no es mucho de extrañar en aquella edad de hierro en que tan difícil era el concordar ambas potestades, el sacerdocio y el Imperio.

El mismo Enrique V llegó á conocer su sinrazón renunciando al fin las investiduras por el báculo y el anillo, en la Dieta imperial de Worms, celebrada en 1122, cuya declaración es del tenor siguiente: «Yo Enrique, por la gracia de Dios augusto Emperador de los romanos, por amor de Dios, de la Santa Iglesia romana y del señor Papa Calixto (el segundo de este nombre), y por la salvación de mi alma, devuelvo á Dios y á los Santos Apóstoles toda investidura por el báculo y el anillo, y concedo á todas las iglesias de mi Imperio la libertad de elegir y consagrar sus Prelados. Restituyo tanto á la Iglesia de San Pedro como á las demás iglesias, así á los Clérigos como á los legos, los bienes que les he usurpado; y procuraré con todo mi poder la restitución de los que les han sido invadidos por otros. Doy una paz verdadera al señor Papa Calixto, á la Santa Iglesia romana y á todos los que sostienen ó han sostenido sus intereses. Socorreré fielmente á la Silla Apostólica siempre que recurra á mí, y la haré exacta justicia cuando me pase alguna queja.»

Los hombres doctos é imparciales generalmente están contestes en reconocer que la historia de la Edad Media todavía no se ha escrito; y es verdaderamente una lástima que no haya quien pudiendo hacerlo, quiera consagrarse á ello por amor á la historia y á la Religión. Por mucho que hubiese llegado á ser la pujanza de la Iglesia en aquella sazón, fueron tan grandes como inevitables los trastornos y sacudimientos que la misma tuvo que sufrir; debiendo añadir á esto los continuos disturbios de Roma fomentados por los gibelinos ó imperiales empeñados en esclavizar la Italia, y sobre todo en tener bajo su tutela á los Pontífices; lo cual obligó á éstos á trasladar su residencia á Aviñón, originándose de aquí el gran cisma de Occidente.

Y por coronamiento de tan crecidos males, sobrevinieron los turcos, los cuales sembraron el desconcierto y la alarma en toda Europa, apoderándose de Belgrado en 1521, y en el año siguiente de Rodas, avanzando hasta las mismas puertas de Viena.

En medio de tantos desastres, la Iglesia, como institución salvadora, unas veces doliente y quejumbrosa, y otras consolada, aunque siempre combatida, no cesaba de oponer un dique al desbordado torrente del poder Real y señalar á un tiempo á los pueblos el derrotero de la verdadera civilización; y ya se había adelantado mucho en este terreno, como gallardamente lo demostró en los siglos xiv y xv, que fueron, digámoslo así, verjeles de grandes Santos y escritores místicos; cuando en mal hora vino la mentida Reforma, que obligó á las naciones cristianas á retroceder siglos enteros en la laboriosa marcha de su regeneración social.

«El Protestantismo, dice Grimen<sup>1</sup>, que provocó por reacción la energía de los pueblos neocatólicos, no hizo más que paralizar las fuerzas de los pueblos que le abrazaron.» La enseñanza de la Iglesia, sostenida con tantas penalidades y trabajos, había logrado despertar á todas las clases de la sociedad; y ya mucho tiempo antes de aparecer la Reforma reinaba un verdadero entusiasmo por las ciencias. La tenebrosa obra de Lutero fue quien amortiguó la esplendorosa llama del saber. Tanto es así, que Erasmo no dudó en escribir lo siguiente: «Los libreros cuentan que antes de la división del Evangelio hubiesen vendido más pronto tres mil volúmenes que ahora trescientos.»

Los crímenes que se sucedieron al Protestantismo por su doble carácter de religioso y político, y los ríos de sangre que corrieron donde quiera que este

<sup>1</sup> Mat., XXIII, 3.

<sup>2</sup> Contra Parmeniano, L. II.

<sup>1</sup> Voltaire, Essai sur la hist. gener., t. I.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> Historia de la civilización de Inglaterra, t. I.<sup>a</sup>, p. 328.



monstruo de innumerables cabezas asentó su planta destructora, conocidos son de todo el mundo; hasta el punto de confesar un famoso protestante (el señor Guizot), que aquella crisis no fué completamente reformadora, sino más bien esencialmente revolucionaria. ¡Plácenos esta confesión! *Prophetasti!* Por su parte, Federico el Grande de Prusia, con una sinceridad todavía más acentuada, decía: «Si reducimos las causas del progreso de la Reforma á principios simples, veremos que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor y en Francia de la novedad.» ¡Hasta los mismos protestantes! ¡Ingratos!!! Cría hijos y...

Más aun: el socialista Luis Blanc les regala á su vez una bella página en su *Historia de la revolución francesa*, de la cual tomamos las siguientes líneas: «El siglo XVI fué el siglo de la inteligencia en revolución; preparó, comenzando por la Iglesia, la ruina de todos los antiguos poderes, y he aquí lo que le caracteriza. Tales fueron los primeros datos del Protestantismo. Y en cuanto á sus consecuencias, ¿no las estáis viendo? Ese Papa que se trata de derribar es un rey espiritual, pero al fin es un rey, y echado éste por tierra, seguirán los otros. Pues adiós principio de autoridad; por poco que se toque á su forma más respetada, á su representación más augusta; todo Lutero religioso llama tras sí invenciblemente un Lutero político.»

Muy bien; así justamente es la verdad, las grandes cuestiones religiosas nunca vienen solas; van siempre acompañadas, como de su natural cortejo, de otras cuestiones filosóficas y sociales. Los que se atreven á despreñar la autoridad de la Iglesia, es seguro que no han de respetar mejor la autoridad del Estado: no busquéis la sumisión y la obediencia, allí donde no hay fe.

FR. JOSÉ COLL.

## EL TRISAGIO

Es el Trisagio un himno sagrado en loor de la Trinidad Santísima, y en él está tres veces repetido el nombre Santo. Los latinos lo entonan diciendo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum*, pero los griegos en su lengua, traducida á la nuestra, dicen: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, libradnos, Señor, de todo mal.» Este himno es originalmente el mismo que leemos en el capítulo 6.º de Isaías y en el 3.º del libro de Daniel.

Isaías, hijo de Amós, favorecido fué por Dios con una visión maravillosa y extraordinaria setecientos cincuenta y ocho años antes de la venida del Hijo del Hombre. Arrebatado su espíritu en éxtasis maravilloso y sublime vió al Dios de la majestad, no en la zarza incombustible, desde la cual habló á Moisés, ni sobre el muro de la ciudad, donde se apareció al Profeta Amós, ni tampoco en la brillante carroza, en que se dejó ver de Ezequiel á las márgenes del río Chobar á los treinta años del reinado instituido por Nabopolasar. Vióle sentado sobre un solio excelso y elevado; le vió en figura humana, con traje de pompa y majestad, vestido de manto real, rodeado de gloria, y la fimbria de su regia vestidura llenaba espaciosa toda la anchura del sagrado lugar en que se hallaba. Isaías se llenó de admiración, como el hijo de Helcias, cuando vió al Señor en una olla encendida; y fué poseído del asombro al observar que dos bellos serafines, parecidos á los que hacían sombra al Arca del testamento con las seis alas misteriosas de que estaban adornados el uno y el otro, servían de velo al rostro del Señor, es decir, que según exposición de los PP. y Doctores de la Iglesia, ocultaban la divinidad y los demás atributos y perfecciones de la Divina Esencia, y cubrían también los pies al Señor, ó sea la Santísima Humanidad del Verbo hecho hombre, su predicación, su pasión y muerte. Con las mismas alas se cubrían ellos sus propios rostros, en señal de suma reverencia, como incapaces é indignos de mirar tan alta majestad, y se cubrían hasta sus propios pies, como avergonzados, y para que no se viese cuán imperfecto era su amor, y cuán poco proporcionado á la infinita dignidad, y á la inefable perfección y belleza del Señor á quien adoraban.

En medio de los éxtasis de admiración y de amor, y entre las enajenaciones de la más pura alegría, poseídos de temor y de temblor, clamaban el uno al otro de los Serafines y decían: Santo, Santo, Santo. Esto es, alternaban en el canto, repitiendo el uno lo que el otro cantaba. No porque ninguno de ellos se cansase de cantar, según San Cirilo Alejandrino, sino porque se cedían alternativamente este honor. En la trina repetición de la palabra Santo convienen generalmente los Expositores Sagrados con San

Hilario, que está indicada la Trinidad de las divinas personas, y la unidad de esencia en las siguientes palabras: Señor Dios de Sabahot.

En el libro de Daniel encontramos repetido este Trisagio por los Santos Mancebos Misach, Sydrach y Abdnago. Lanzados por Nabucodonosor en un horno encendido, repetían sin cesar este cántico en honor de la Santa é Individua Trinidad. El Vidente de Patmos, en los raptos de su Apocalipsis, observó á unos vivientes de la gloria, empeñados en tributar á la Beatísima Trinidad todo honor, toda alabanza y toda gloria, cantando con grata y suave melodía el himno sagrado, que frecuentemente repite la Iglesia militante.

El Santo Trisagio, en opinión de San Bernardino de Sena, es cántico y música de los angélicos coros, encomio prevenido por los Profetas, elogio intimado por los Evangelistas, y aplauso publicado por los Santos Apóstoles. No consta ciertamente desde cuándo comenzó á resonar en nuestras iglesias el Trisagio; mas San Basilio asegura que desde los tiempos apostólicos.

A petición de San Jerónimo dispuso el Papa San Dámaso que en toda la Iglesia se dijese *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto* al final de cada Salmo, siempre que se cante ó rece el Oficio Divino. Disposición verdaderamente laudable, como lo fué la del concilio Toledano III, excomulgando á los que no se conformasen con ella. Algunos autores griegos aseguran que se introdujo el Trisagio en la Iglesia, en tiempo del emperador Teodosio el Joven y del Patriarca Proclo, con motivo de un terremoto que duró cuatro meses en Constantinopla, y cesó luego que comenzó esta práctica piadosa. Así se lee en las Liturgias de los santos Doctores Basilio, Crisóstomo y Nacianceno. San Juan Damasceno asegura que le cantaban los ortodoxos para manifestar su fe respecto á la Trinidad: que la palabra *Santo Dios*, designaba al Padre, *Santo Fuerte*, al Hijo, y *Santo Inmortal* al Espíritu Santo. San Cirilo de Jerusalén, después de citar las palabras de Isaías, de que va hecha mención, añade: «Repetimos esta sagrada teología que cantan los Serafines y que nos vino por tradición, para que con esta salmodia celestial comuniquemos con la sublime milicia del cielo.» San Ambrosio dice que se canta el Trisagio en Oriente y en Occidente para honrar la Unidad y la Trinidad de Dios.

Del ejercicio y práctica del Santo Trisagio han resultado efectos maravillosos. En el orden espiritual, á los terrenos transformálos en celestiales, á los hijos de los hombres en hijos de Dios, hermanos de Cristo y compañeros del Espíritu Santo, dice San Juan Crisóstomo. En el orden de la naturaleza nos preserva de muchos males y desgracias. Dios, asegura el venerable Fr. Luis de Granada, tiene vinculados innumerables beneficios á aquellos que le invocan y veneran Trino y Uno. Los vemos prácticamente en las vidas de algunos Santos. Todos los prodigios que obraba San Simón Stilita, los hacía en nombre de la Santísima Trinidad. San Ambrosio obró mayores milagros, y tenían tal poder sus palabras, invocando á la Santísima Trinidad, que lanzaban á los demonios de los cuerpos. No fueron menos notables las maravillas que obró San Gregorio Taumaturgo, á quien reveló el Evangelista San Juan, por mandato de la Santísima Virgen, la verdad de este profundo misterio, según refiere el Cardenal César Baronio en sus anales. San Martín, Obispo de Tours, invocando á la Santísima Trinidad, resucitó tres muertos; dos San Felix de Valois; uno San Gregorio Turonense. Del glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola sabemos que no pensaba ni hablaba de otra cosa con más frecuencia que de la Santísima Trinidad, y cuando deseaba alcanzar de Dios alguna cosa, celebraba tres Misas en honra y reverencia de este misterio, y nunca dejó de alcanzar lo que pedía, aunque fuese superior á las fuerzas humanas.

La Santa Madre Iglesia, á fin de estimular á sus hijos á la devoción de este misterio, ha franqueado sus tesoros espirituales y otorgado innumerables indulgencias á los que la practiquen por medio del Santo Trisagio. El decreto de la Sagrada Congregación de indulgencias, *Cum alias*, dado en 26 de Junio de 1770, contiene las otorgadas por los Sumos Pontífices Clemente XIII y Clemente XIV y son las siguientes:

Cien días de indulgencia á los religiosos y cofrades Trinitarios en cada día que contritos de corazón alabaren á la Santísima Trinidad diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor, Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Trescientos días de indulgencia en todos los domingos, en la fiesta de la Santísima Trinidad y en su octava, diciendo tres veces en cada uno de dichos días la sobredicha alabanza. Indulgencia plenaria á los religiosos y cofrades Trinitarios, y á todos los fieles

de Cristo, en cada mes que honraren todos los días á la Santísima Trinidad con el Sagrado Trisagio, confesando y comulgando una vez en dicho mes.

Que sirvan de estímulo tantos y tan grandes bienes espirituales, tantas y tan sublimes excelencias como son las del Trisagio, para inspirarse con fervor en tan santa práctica.

(Del Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago.)

## TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

V

LLANURA DE SARÓN Y RECUERDOS DE SAMSON

**E**JANDO atrás los huertos de Jafa, con sus naranjos, limoneros, palmeras, norias de canchilones ó arcaduces de barro (*saguies* como las llaman los árabes), palmeras y setos de nopales, se entra en la famosa llanura de Sarón, de cuya hermosura hace mención el profeta Isaías <sup>1</sup>.

Tiene esta inmensa planicie unas ocho leguas de ancha, por unas treinta de larga, y está formada por los terrenos comprendidos entre el Carmelo, Jafa, el Mediterráneo, Gaza, los montes de Judea, Cesárea y las montañas de Samaria. No es completamente llana: de trecho en trecho se advierten ondulaciones y montículos, que dan al terreno cierto parecido con la superficie de un mar algo agitado. Se hacen grandes elogios de su fertilidad, pues aunque no la abonan nunca, ni la trabajan bastante, produce en abundancia trigo, cebada, maíz, sésamo y algodón. En primavera se cubre de flores hermosísimas y variadas, tales como anémonas, rosas, tulipanes, narcisos, siemprevivas, lirios y alelíes. A nuestro paso, en el mes de Octubre, su aspecto no podía ser más seco, árido y monótono. Verdad es también, que por haber salido de Jafa á las dos de la madrugada, difícilmente pudimos hacernos cargo del terreno. A la escasa luz de las estrellas, divisábamos á derecha é izquierda del camino, que desde Jafa conduce á Rama, una planicie sin término, sombreada por la noche y algunos torreones ó fortines aislados, que parecían centinelas de piedra, convenientemente apostados de trecho en trecho para seguridad de las caravanas sin cuento que á Jerusalén se dirigen. Todas son iguales y se componen de dos cuerpos de edificio, formando el inferior un cubo almenado y una torreta el superior, que surge del centro del primero y domina todo el fortín. Cuéntanse diez y siete de estas torres fortificadas, desde Jafa hasta Jerusalén, y se construyeron en 1860 por orden del bajá Suraya, porque los bandidos infestaban aquel país. Habitan en cada torre algunos *Bachibuchuks* ó soldados de tropa irregular, semejantes á los gendarmes franceses ó á nuestros Guardias civiles; y apenas se comete un crimen cualquiera en las inmediaciones, por medio de señales ópticas avisan á sus compañeros los de las torres inmediatas, y salen todos en persecución del criminal. Nos pareció que muchas estaban deshabitadas y algunas en estado ruinoso.

Imposible cruzar la llanura de Sarón sin acordarse del ardid que jugó en ella el terrible Samsón á sus eternos enemigos los filisteos. Agravado con su suegro, porque éste había dado en matrimonio la mujer de aquel á otro, Samsón le dijo:

— No seré culpable respecto á los filisteos, en lo sucesivo, si os hiciera mal.

Y partió de allí, y tomó trescientas raposas, y juntó unas á otras por las colas y en medio puso tizones atados.

Pegó fuego á los tizones y soltó las raposas para que discurriesen por todas partes. Ellas entraron luego por las tablas del pan, es decir, por las mieses de los filisteos; é incendiadas éstas, tanto las mieses ya hacinadas como las que estaban aún en pie, fueron de tal suerte abrasadas, que la llama consumió hasta las viñas y olivares <sup>2</sup>.

No faltan incrédulos, que ridiculizan el anterior texto bíblico y dudan de que, en tan corto tiempo, pudiese cazar Samsón tan considerable número de zorras; pero, aparte de la ayuda sobrenatural y providente que pudo recibir Samsón á fin de castigar á los filisteos, es asombroso que todos los viajeros y peregrinos hablen en todas épocas de la abundancia de zorras que ha habido siempre en la llanura dicha. Cuando regresábamos de nuestra peregrinación á la ciudad santa, en 1881, pernoctamos en el

<sup>1</sup> Cap. XXV, vers. 2.

<sup>2</sup> Los Juces, cap. XV, vers. 3-5.



convento de Rama el día 20 de Octubre y al levantarme el viernes 21, la primera noticia que me dieron algunos compañeros fué que no les habían dejado dormir los aullidos de las zorras. Yo dormí como un santo varón y nada oí; pero consigno el dato con gusto porque viene en corroboración del texto bíblico, hasta en nuestros mismos días. Según San Agustín, estas raposas ó zorras son símbolo de los herejes astutos y fraudulentos.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

## COMPASIÓN PARA CON EL VENCIDO

### I



ORRÍA el mes de Junio del año 1809.

España, invadida por los ejércitos franceses y auxiliada por otro inglés, era teatro sangriento de una lucha cada día más encarnizada. Después de haber vencido en varias acciones á los españoles, el mariscal francés Soult atacó al general inglés Moore, quien se vió obligado á retirarse á la Coruña.

Varios de sus cuerpos de ejército se habían separado en aquella marcha precipitada.

Los convoyes, atacados incesantemente por los franceses, se habían dispersado por los caminos en pequeños destacamentos, procurando reunirse al grueso del ejército.

Uno de estos destacamentos, compuesto de cuatro ó cinco carretas de bagajes y heridos, iba mandado por un sargento irlandés llamado Fulton.

La noche empezaba á extender su negro manto.

El cielo cargado de negros nubarrones anunciaba la proximidad de una tormenta.

El paraje que atravesaban había sido arrasado, y sólo se veía de vez en cuando alguna casa derruida y abandonada, caballos muertos de fatiga, y otros mil indicios del paso de un ejército en campaña.

Por estos detalles conoció Fulton que el ejército francés le había precedido y comprendió lo difícil de reunirse al general Moore.

Sus impacientes compañeros, heridos en su mayoría, empezaban á desanimarse, y como sucede en tales casos, cada cual buscaba sobre quién descargar el propio mal humor.

Los unos acusaban al general de no haber tomado acertadas disposiciones para retirarse.

Los españoles se quejaban del socorro tan poco eficaz de los auxiliares.

Todos maldecían la suerte de los enemigos, aunque prometiéndose un próximo desquite.

### II

Acamparon en un estrecho terraplén lindante con un profundo barranco por el cual corría un riachuelo.

El ruido del agua atrajo varios heridos atormentados por la sed.

Fulton hizo parar el convoy á fin de ayudarles.

Al aproximarse al borde del barranco, observó en el fondo un mulo muerto enganchado á un carro deshecho, y parecióle oír una voz humana.

Bajó al fondo del barranco y apartando el toldo que cubría la carreta, halló una mujer española que le pedía auxilio.

El sargento entendía un poco el castellano.

Quiso saber qué le había ocurrido á la desgraciada, la cual contó que habiéndose dormido de fatiga, abandonó el carro al instinto del mulo y que después, aproximándose demasiado al borde del barranco, había sido arrastrada en la caída de aquél.

Vuelta en sí por efecto del golpe procuró libertarse de los estorbos que la sujetaban, pero sus esfuerzos habían sido inútiles, debiendo la salvación á la llegada del sargento.

Cuando la pudieron ver mejor á los últimos destellos del día, el traje la hizo reconocer por una cantinera del ejército francés.

Con este descubrimiento, la buena voluntad de los compañeros de Fulton cambióse súbitamente en cólera, que tradujeron pronto en exclamaciones amenazadoras.

Llamados en defensa de España, los soldados ingleses calificaban de traidor á todo español que simpatizase con los invasores, y odiaban sobre todo á algunas desgraciadas mujeres que habían sacrificado el patriotismo á una afección personal, y unido su suerte á la de los franceses.

Tal era precisamente la situación de Dolores.

Los fugitivos expresaron con ruda franqueza el sentimiento de haber salvado á una cantinera enemiga; pero el sargento Fulton interpuso humanitaria y oportunamente su autoridad.

— Silencio — gritó con energía colocándose delante de Dolores — ¿por ventura hacéis la guerra á

las mujeres? ¿No se halla ésta bastante castigada por su destino? En marcha todos y que cada uno ocupe su puesto si quiere salvar la piel.

Fué obedecido.

Dejó alejarse á la mayoría con la cabeza del convoy y al verse rodeado solamente de los soldados de su compañía, volvióse hacia la cantinera, que se había sentado debil y abatida cerca de su carreta.

— ¿Qué vais á hacer en el fondo de este barranco? La preguntó en un tono en el que la rudeza estaba mezclada con la piedad.

— Dios lo decidirá.

— ¿Tenéis bastantes fuerzas para caminar?

— Puede ser; pero, ¿podré yo ir sola en las actuales circunstancias y llegar á paraje seguro? Sé bien la suerte que correría.

El sargento pareció reflexionar un instante; después adoptó una resolución.

— Vamos, levantaos y seguid á nuestro convoy. En tanto que yo lleve el fusil al hombro no os pasará nada malo.

Dolores, muy agradecida, hizo un esfuerzo, poniéndose en marcha en las últimas filas, detrás del carromato.

Al principio, pareció no darse cuenta del camino que había tomado el convoy, pero al cabo de algún tiempo, aproximándose á Fulton le preguntó:

— ¿El sargento sabe bien por donde va?

— Sin duda; nos dirigimos hacia el campamento inglés.

— ¡Al campamento inglés! — repuso la cantinera con extrañeza.

— Sí; y espero que nos podremos reunir antes de la batalla — añadió el sargento.

Dolores le asió vivamente del brazo.

— Entonces... ¿no sabéis lo sucedido? La batalla se libró el 16... y fué perdida...

— ¿Y el general Moore?

— Ha sido muerto y sus tropas han marchado á la Coruña para embarcarse.

Fulton sobrecogido interrogóla con ansiedad: — ¿No te equivocas?

— ¡No por mi vida! Varios destacamentos que, como vosotros, se dirigían al campamento, han caído en poder de los franceses; si continuáis este camino, dentro de algunas horas seréis prisioneros.

Y señaló otros detalles, tan precisos, que Fulton hubo de comprender lo desesperado de su situación.

Felizmente había conversado en español con la cantinera y sus compañeros no pudieron entenderles.

Sabiendo que la noticia de tal descalabro acabaría por desanimarlos, recomendó á Dolores el secreto y ordenó torcer á la derecha á fin de llegar al mar por la línea más corta.

Comprendiéndolo todos ó casi todos los soldados, lo efectuaron sumamente complacidos.

Dolores se sentó al borde del camino.

Estaba desfallecida y próxima á desmayarse.

— Dejarme — exclamó — no puedo continuar.

— ¡Dios me libre de ello! Tanto hubiera valido dejaros en el fondo del barranco — dijo Fulton golpeando el suelo con su fusil. — ¿Qué vais á hacer cuando nos vayamos?

— No sé — repuso la cantinera, que casi no podía hablar.

— Moriréis aquí sin socorro humano — añadió el inglés con brusca espontaneidad.

— Y bien, después de la muerte... Dios me hará justicia — tartamudeó ella cayendo desmayada.

Fulton la sostuvo y llamó al cabo de la compañía.

— ¡Vivo! Williams, decid que pare la carreta.

— ¡Por este diablo de mujer! — murmuró el inglés.

— Por una infeliz que se muere — interrumpió el sargento — ¿no tenéis piedad?

— Cuando la piedad es un peligro, creo preferible matar al enemigo.

— ¡Haced lo que os he dicho! — insistió Fulton imperiosamente.

Obedecióle Williams de mala gana, ayudando á acomodar á la cantinera en la carreta.

Los heridos que iban en ésta renegaron de la humanidad del sargento, manifestando vehementes deseos de sacrificar á la desgraciada española.

Era de noche. La oscuridad, acrecentada por negras nubes, permitía apenas distinguir las carretas que rodaban penosamente por un terreno virgen, bordeado de pedregosas colinas.

Al cabo de una hora de marcha, los relámpagos iluminaban el camino, y bien pronto el trueno estalló con violencia. Los truenos al principio, intermedios de pausas solemnes y medrosas, repitieron después sin interrupción.

Tormentas de lluvia bajaban del cielo, inundando la tierra convertida en un lago de fango. Los caballos, espantados por la tempestad, se encabritaban bajo la fusta de los conductores, quienes caminaban á pie, procurando cobijarse detrás de los carros; á cada instante la situación era más difícil.

Llegaron en fin á lo alto de una áspera pendiente. El sargento miró á su alrededor con inquietud.

La lluvia torrencial no permitía, á pesar de la luz de los relámpagos, ver el camino; sólo se distinguían formas confusas y aspectos vagos que hacían presentir una desgracia inevitable.

Consultóse, con más ansiedad que buen éxito, el horizonte, y reconocido el terreno, quiso el sargento dar orden de continuar, cuando un grito que partió del medio de los bagajes, le hizo detenerse.

Dolores, vuelta en sí por la lluvia, púsose en pie en la carreta; con la cabeza hacia adelante y los brazos extendidos mostraba con terror la pendiente á cuyo borde se había parado el convoy.

— ¡Ah, Dios mío! ¡No avancéis si queréis vivir!

— ¿Adónde conduce este camino? — preguntó el sargento?

— ¡A la Hoya del Diablo!

— ¿Estáis segura?

— Escuchad.

Aprovechando Fulton el intervalo de los truenos, oyó el ruido de las aguas, que bajaban rugiendo desde las colinas al abismo.

Abalanzóse á la cabeza de los caballos y les obligó á retroceder.

Sus compañeros, que también habían advertido el peligro, ganaron precipitadamente la meseta.

La tormenta estallaba en toda su violencia, y la desesperación empezó á invadir los ánimos.

El mismo Fulton dudaba qué partido tomar.

Algunos conductores, desenganchando los caballos, se disponían á huir al azar.

Pero Dolores, levantándose en el carro, mostró hacia la derecha una abertura entre las colinas.

— ¡Esta es! Seguid la ladera hasta la próxima encrucijada, y antes de dos horas llegaréis al pie de la Coruña, y estaréis en salvo.

La declaración, comunicada por Fulton, calmó el desorden y reanimó los corazones.

La cantinera se puso á la cabeza del convoy y ella misma sirvió de guía, evitando las rocas y bordeando los barrancos.

En fin, la tempestad se calmó; las nubes, barridas por el viento del mar, desaparecieron á lo lejos, dejando ver el cielo esmaltado de estrellas.

Los ingleses llegaron á la encrucijada que anunció Dolores; un poco más lejos se distinguía el puerto, en el cual flotaban los barcos en cuyos mástiles ondeaba la bandera inglesa.

Todos olvidaron los sufrimientos, saludándola con alegres hurras.

— La prueba ha sido... regular, sargento — dijo Williams — pero, en fin, de buena hemos escapado.

— Gracias á esta mujer — respondió el irlandés mostrando á la cantinera — ¿Os convencéis, cabo, de que la piedad no es tan mala consejera, y de que es preferible salvar á un enemigo que matarle?

FERNANDO SEVILLA.

## LA SAGRADA LANZA



La relación íntima que con nuestra devoción tiene el instrumento con que fué atravesado por nuestro amor el Corazón divino, y la veneración que aquél naturalmente debe inspirarnos, nos induce á dar algunas noticias sobre la Lanza de la Pasión, cuya oportunidad justifica, además, la circunstancia de celebrar la Iglesia el primer viernes de Marzo la fiesta de la Sagrada Lanza, y el 15 del mismo mes la de San Longinos, que con ella atravesó el costado del Salvador.

### I

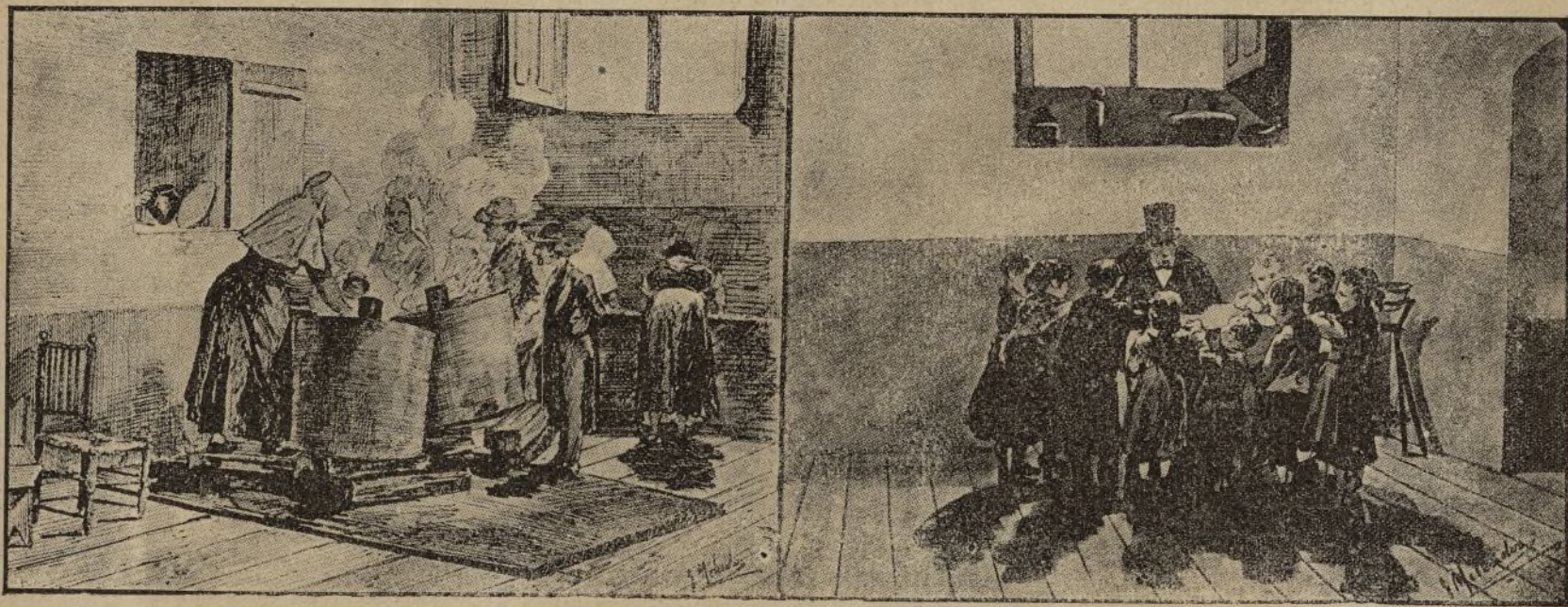
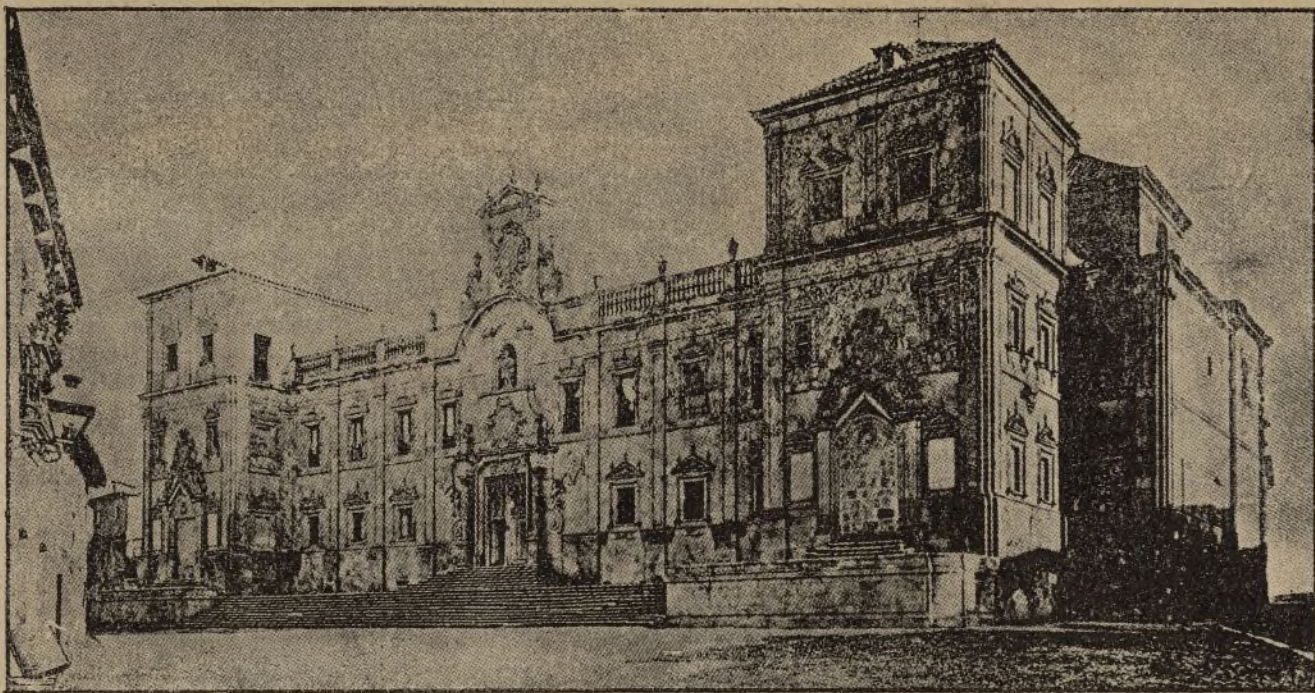
#### HISTORIA DE LA SAGRADA LANZA

Habiendo empleado San Juan la palabra *lanza* (*lancea*) para designar el arma con que fué abierto el costado de Cristo, háse deducido por algunos autores que había sido un jinete el que había hecho la herida, toda vez que la *lancea* era el arma de la caballería griega y romana.

Parece seguro, no obstante, que Nuestro Señor fué crucificado por cuatro soldados de á pie. Sábese tamoién que los romanos hacían custodiar á los condenados por soldados de infantería armados de una lanza (*Hasta*), más corta que la *lanza* de los jinetes. La lanza de los de á pie constaba de tres partes distintas: la cúspide (*cuspidis*) de bronce ó hierro, aplastada y ancha; el palo ó mango (*hastile*) de Fresno regularmente, y una punta metálica en la contera (*spiculum*), la cual punta servía para clavar verticalmente la lanza en el suelo, y que se convertía en arma defensiva cuando la cúspide se quebraba. La lanza

1. Sima profunda que vulgarmente recibe este nombre.





EL COLEGIO DE CALATRAVA EN SALAMANCA.

Vista del edificio (de fotografía de Laurent).—Reparto de la comida por las Hermanas de la Caridad.—Un socio de San Vicente de Paúl, explicando la doctrina.—Comedor y ventana por donde los pobres reciben la comida. (Dibujos de nuestro colaborador D. Gerardo Meléndez.)





EL ENTUSIASTA POR LA BOTÁNICA.

hacía también el oficio de pica, y teniendo casi la misma forma, ya fuese más corta ó más larga, sería casi ocioso discutir si la Sagrada Lanza era la *laníca* ó el *hasta* de los romanos.

Estos abandonaban el cadáver de los ajusticiados á la voracidad de los animales, mas para asegurarse de su muerte, les quebraban las piernas (*crurifragium*), ó les atravesaban con una lanza ó acero (*transverberatio*). El verdugo que daba el golpe de gracia ó acababa al reo se llamaba *confechor*, y en las actas de los mártires cristianos se le ve figurar frecuentemente. A los judíos, por lo contrario, les imponía la ley de Moisés dar sepultura á los muertos.

En el Calvario los soldados quebraron los huesos de los dos Ladrones, mas juzgaron inútil la precaución con el Salvador, pues le hallaron muerto. Los judíos, sin embargo, que recordaban que Jesús había predicho su resurrección, pidieron para más seguri-

dad al *confechor* que cumplierse con su deber, atravesando á Jesús de una lanzada, y sólo se dieron por satisfechos cuando vieron correr la sangre y el agua.

No entraremos ahora á enumerar las varias opiniones, que sostienen, unas que la lanzada hirió al Señor en el costado derecho, otras que en el izquierdo. Inocencio III, Benedicto XIV, el venerable Beda, Suárez y Cornelio á Lápide, opinan que en el costado derecho, como la tradición más antigua. Por lo demás, no es ocioso recordar que cuando San Francisco de Asís recibió la impresión de las Sagradas Llagas, fué herido en el costado derecho. En todo caso, las inducciones más autorizadas concluyen, como la devoción de los santos favorecidos con revelaciones sobrenaturales, que el Corazón de Jesús fué atravesado.

San Agustín y San Buenaventura han dicho que

el soldado que atravesó el costado de Cristo se llamaba Longinos, que abrazó el cristianismo y que fué martirizado en Capadocia, donde predicaba la fe. El martirologio romano, valiéndose de la palabra *perhibetur* (dícese) adopta la opinión de San Agustín.

En tiempo del venerable Beda, de 672 á 735, la Lanza estaba encerrada en una cruz de madera bajo el Pórtico del martirio, Iglesia edificada por Constantino. Arculfo, Obispo francés, la vió á fin del siglo VII. El palo ó hasta estaba roto en dos pedazos; todo Jerusalén lo veneraba é iba frecuentemente á adorar. San Gregorio de Tours dice que se conservó en Jerusalén hasta la toma de la ciudad por los Persas, en que Heraclio la hizo llevar á Constantinopla. En 1092 ó 1097 los Cruzados la encontraron milagrosamente en la Iglesia de San Pedro, en Antioquía, según más abajo referiremos.



En 1243 Balduino cedió la punta a San Luis, con las demás reliquias que había dejado en prendas a los venecianos.

En 1492 el hierro de la Lanza, sin la punta, fué enviado por el Sultán Bayaceto a Inocencio VIII. Era el 31 de mayo, día de la Ascensión; cuentan las antiguas Memorias, cuando el Embajador del Gran Turco llegó a Roma portador de la Lanza; ó más bien, del hierro de la Lanza, con la cual Longinos, taladró el costado de Nuestro Señor en la Cruz.

El Papa, acompañado del clero, llevó procesionalmente la reliquia, de la Iglesia de Santa María de Pópulo a la de San Pedro. El hierro de la Lanza iba encerrado en un magnífico relicario de cristal engarzado en oro con esmaltes. El Embajador del Sultán estaba encargado de anunciar a Su Santidad que la punta que faltaba al hierro de la Lanza se hallaba en posesión del rey de Francia.

La Lanza fué conservada en la antigua Basílica de San Pedro, y cuando la Iglesia ruinosa fué reemplazada por la nueva Basílica, la insigne reliquia fué trasladada a ésta. Benito XIV hizo llevar de París un dibujo exacto de la punta, y habiéndolo confrontado con el hierro, echó de ver que ambas partes se adaptaban perfectamente.

En la actualidad, la Lanza se conserva en uno de los pilares de la Cúpula de San Pedro. Sabido es que dicha grandiosa Cúpula se halla sostenida por cuatro enormes pilares de 166 pies de altura, por 206 pies de circunferencia. Cada uno de ellos está adornado en la parte que mira a la Confesión de San Pedro, de dos nichos, uno encima de otro. En los nichos ó capillas superiores se veneran preciosas reliquias: y en las de abajo, estatuas colosales de mármol de 15 pies de altura. Estas estatuas representan a la Verónica, enseñando la Santa Cara; a Santa Elena con la Cruz y los clavos de la Pasión, a San Longinos con la Lanza, y al Apóstol San Andrés. En los cuatro nichos superiores, que corresponden encima de dichas imágenes, se conservan respectivamente: la Santa Faz del Salvador impresa en el lienzo de la Verónica; las reliquias de la verdadera Cruz; el hierro de la Sagrada Lanza de Longinos, y la cabeza de San Andrés.

Es sumamente difícil ver estas insignes reliquias, que sólo se enseñan el Jueves y Viernes Santo.

La Santa Capilla de París poseía todavía la punta de la Sagrada Lanza en 1793, en que fué trasladada a la Biblioteca Nacional, donde la vió en 1796 el abate Caterel, que decía que era un trozo de hierro de tres ó cuatro pulgadas de largo próximamente y que acababa en punta.

¡Ignórase en qué ha venido a parar!

## II

### INVENCIÓN DE LA SAGRADA LANZA

Cuando el ejército de la Primera Cruzada mandado por Godofredo de Bouillon, que corría de Europa a la conquista de Tierra Santa, llegó, por fin, a través de inmensos peligros, fatigas y obstáculos, a la risueña Siria, detúvose ante la famosa ciudad de Antioquía, metrópoli un tiempo de ciento cincuenta y tres obispados, y cuyo recinto encerraba trescientas sesenta Iglesias.

Los Cruzados emprendieron resueltamente el sitio de la ciudad, pero a poco tiempo empezaron a sufrir los rigores del hambre y del frío, con los inconvenientes de su incomunicación con el mar. La caballería, que contaba a la llegada 70.000 caballos, había quedado reducida a 2.000. Además sobrevino una terrible epidemia, y los cristianos empezaron a desbandarse desalentados por tantas calamidades.

Afortunadamente llegó una escuadra de Italia que reanimó el valor de los atribulados guerreros. Pero esta feliz circunstancia dió lugar a un combate parcial, por haber sorprendido 4.000 musulmanes a los cristianos que muy descuidados caminaban hacia el puerto en busca de noticias ó de víveres. Godofredo, sin embargo, vengó el revés derrotando completamente a los musulmanes. Por cierto que en este combate hubo episodios heroicos que pintan la bravura descomunal de aquella época y de aquellos soldados. El Duque de Normandía peleó sólo contra un jefe de los infieles que se adelantaba al frente de los suyos; y de un sablazo le abrió la cabeza hasta los hombros tendiéndole a sus pies y gritándole al propio tiempo: «¡Así envió yo tu alma a los profundos infiernos!»

Godofredo, que demostró en aquella jornada la habilidad de un gran Capitán, dió pruebas de aquella intrepidez y fortaleza que luego celebraron la poesía y la historia. Ninguna armadura resistía al temple de su espada que hacía volar en pedazos los mejores cascos y corazas. Un turco que asomaba por encima de todos por su atlética estatura, corrió a Godofredo, y del primer golpe le deshizo el escu-

do. Furioso Godofredo de tanta audacia, alzóse sobre los estribos, lanzóse contra su enemigo, y le dió tan estupendo golpe, que le partió por en medio en dos pedazos. La parte superior, dicen los historiadores, cayó al suelo, y la otra, unida a la cabalgadura llevó el espanto y la consternación a los sitiados.

Por fin, al cabo de nueve meses de sitio, hallándose casi encima el ejército musulmán de socorro, los cristianos sorprendieron de noche la ciudad, escalandola con tan grande audacia como brillante fortuna. Quedaba, sin embargo, por reducir la ciudadela, inexpugnable y defendida por los turcos, cuando llegó Kerboga al frente de 200.000 infieles.

La miseria más profunda reinaba por otra parte en el campo cristiano, y los grandes señores que habían dejado en Europa sus castillos y sus haciendas, tenían que mendigar los víveres más repugnantes. No pocos desertaron ó renegaron por hambre.

Al principio lloraban y se quejaban de tan apremiante necesidad: luego les entró una tristeza tan grande, que ya no hablaban ni lloraban siquiera.

Poco les faltó, dice Guillermo de Tir, para echar en cara a Dios su ingratitud hacia los que tantos sacrificios se impusieron por la gloria de su Santo Nombre.

Un sacerdote de la diócesis de Marsella, llamado Pedro Barthelemi, fué a declarar a la Junta de los jefes que San Andrés se le había aparecido por tres veces y que en todas ellas le había dicho, amenazándole con terribles castigos si no obedecía. «Ve a la Iglesia de mi hermano Pedro en Antioquía; cerca del altar mayor hallarás, cavando la tierra, el hierro de la Lanza que atravesó el costado de nuestro Redentor. Dentro de tres días, ese instrumento de salvación eterna será manifestado a sus discípulos. Dicho hierro místico, llevado al frente del ejército, dará libertad a los cristianos y atravesará el corazón de los infieles.» El sacerdote Barthelemi prestó juramento ante el Legado, y el ejército cristiano se preparó durante tres días con ayunos y oraciones al descubrimiento de la Sagrada Lanza.

La mañana del tercer día, doce Cruzados escogidos entre los más respetables del clero y los caballeros, y entre ellos Raymundo de Agiles, que cuenta el hecho muy al por menor, fueron al lugar designado por Barthelemi, con gran número de obremos y las herramientas necesarias. Cerraron la Iglesia en que reinaba profundo silencio y empezaron la excavación bajo el altar mayor. Así trabajaron todo el día, profundizando doce pies. Acercábase la noche, y los doce testigos se hallaban en oración al borde de la hoya cuando Barthelemi bajó a ella descalzo y con una simple túnica.

«De pronto, el Señor, dice Raymundo de Agiles, movido por la piedad de sus servidores, nos mostró su Lanza, y yo, que escribo esto, apenas salió el hierro a flor de tierra, lo besé devotamente.» Grande fué la alegría en todo el ejército cristiano, que olvidó los horrores del hambre y el número de sus enemigos.

Y audacia singular: Pedro el Ermitaño fué enviado como parlamentario al campamento de Kerboga a proponerle que levantase el campo y respetase la posesión de la ciudad que el Señor había concedido a los cristianos, ó que si lo prefería, escogiese los más bravos de su ejército y los enviase a luchar en combate igual con otros tantos cristianos. Excusado es decir que la proposición indignó al caudillo musulmán, que estuvo para ejecutar a los parlamentarios, a los que despidió con oprobios y burlas, diciendo entre otras cosas, que ya se vería si el Crucificado, que no había podido salvarse a sí mismo, lograba salvar a los suyos.

Cien mil guerreros cristianos confesaron y comulgaron y se prepararon a vencer ó morir al siguiente día, que justamente era la fiesta de San Pedro y San Pablo. Raymundo de Agiles dice que él mismo, delante del Obispo del Puy, conducía al campo de batalla la Lanza del Señor. El ejército cristiano estaba tan pobre y derrotado que muchos grandes señores cabalgaban en asnos.

Apenas empezada la batalla, Kerboga, viendo el pavor de su gente, propuso el combate entre algunos caballeros escogidos, que la víspera había rechazado. Pero los cristianos ayudados de Dios rehuyeron. En medio de la lucha, un fuertísimo viento empujaba los dardos de los cristianos hacia los turcos y rechazaba los de éstos. Jamás se habían batido los Cruzados con tanto valor y disciplina. Raymundo de Agiles atestigua que los enemigos no se atrevían a acercarse a los batallones en cuyo centro brillaba la Sagrada Lanza que él mismo llevaba. El resultado fué la completa victoria del ejército cristiano: 100.000 jinetes turcos quedaron sobre el campo de batalla, y los infantes eran tantos que nadie logró contarlos, dice un testigo ocular. El campamento y las inmensas riquezas de los musulmanes quedaron en poder de los Cruzados. Y el soberbio Kerboga

escapó con tal pánico, que no se creyó a salvo hasta que atravesó el Eufrates.

De los cristianos no habían muerto más que cuatro mil, que fueron enaltecidos a la dignidad de mártires.

Y de tal manera cundió entonces la persuasión de que el Dios de los cristianos era el Dios verdadero, y tal fué el terror de los mahometanos, que según Raymundo de Agiles, si los cristianos hubieran marchado en seguida sobre Jerusalén, no hubieran hallado obstáculo en su camino.

### OBRA DE LA SANTA INFANCIA.



El Consejo diocesano de Santiago, al dar pública cuenta de su reorganización efectuada para cubrir vacantes, ha dirigido a los fieles de la diócesis la siguiente sentida alocución:

«Al dar cuenta de las limosnas recaudadas para los fines de esta obra de caridad sublime, el nuevo Consejo cumple muy gustoso con el deber de dar las gracias mas cordiales al clero y fieles de la Diócesis, tan solícitos; aquél por establecerla en todas, absolutamente en todas las feligresías del Arzobispado, y éstos, por contribuir con su óbolo a salvar tantas almas como viven aún sumidas en los errores y supersticiones groseras de la idolatría. Dios Nuestro Señor derrame el celestial rocío de sus bendiciones sobre los bienhechores y sobre la obra grandiosa que con santo afán alientan y sostienen.

«Otro deber no menos imperioso incumbe al Consejo diocesano: el de encarecer la importancia suma, religiosa y social, de la *Santa Infancia*, y rogar por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo a todos los fieles su cooperación a tan hermosa obra. Si estuvieran penetrados del fin eminentemente cristiano y por lo mismo regenerador y social de esta hermosísima institución católica, ¿habría uno solo que no corriese a afiliarse en ella? ¿No se decuplicaría la limosna recogida en la Diócesis Compostelana, que hace pocos años era una de las que más se distinguían, según los repetidos testimonios del Consejo Central? ¿En qué parroquia sería extraña? ¿Qué madre, por escasos que sus recursos fuesen, no emplearía gustosa el importe de las golosinas que sus hijos gastan un día cualquiera del año, para contribuir a la salvación temporal y eterna de infelices criaturas, que tienen la desgracia de no llamar su madre a una madre tan amorosa como la Iglesia de Jesucristo? Padres de familia, que con tan tiernos cuidados criáis a los hijos de vuestras entrañas, a esos pedazos de vuestro corazón, al oír sus vagidos y ver correr sus lágrimas, a pesar de vuestros incansables desvelos, a pesar que no sienten ni frío, ni hambre, ni desamor, acordaos, padres cristianos, que allá en el imperio chino y en otros muchos pueblos paganos, esparcidos por toda la haz de la tierra, millares de criaturas recién nacidas son entregadas a la muerte por padres infieles desnaturalizados, que las arrojan a los ríos, si no las abandonan en los bosques, para pasto de las fieras; en las vías públicas, donde la glacial indiferencia de aquellos habitantes y su refinada crueldad las dejan sucumbir; en los muladares, donde mueren asfixiadas ó devoradas por los perros. Y ved aquí, padres católicos, la obra salvadora de la *Santa Infancia*, la obra salvadora de la Iglesia, nuestra amorosísima madre; por unos cuantos céntimos el misionero rescata el niño infeliz, que después se cría, educa é instruye con la más tierna solicitud, en los hospicios fundados y sostenidos en aquellas inhospitalarias regiones por la caridad cristiana, con lo cual se disminuye de día en día la salvaje costumbre arriba anatematizada.

«Sin embargo, aun hay padres tan monstruosamente desapiadados y fanáticamente supersticiosos que antes que entregarlos a los misioneros, prefieren condenar a sus hijos a una muerte segura, exponiéndolos a hora muy avanzada de la noche. Entonces es de ver la tierna solicitud con que las amas de cría de los hospicios cristianos, los dependientes de aquellos asilos de caridad, muchos catecúmenos y fieles, las religiosas y los misioneros mismos recorren, antes de rayar el día, las orillas de los ríos, los caminos y encrucijadas, las cuevas y los basureos, registrando hasta los carros de la limpieza, para salvar a tanta inocente criatura de las garras de la muerte. Por mucho cuidado que pongan misioneros y religiosas, el noventa por ciento ó más de aquellos niños mueren a poco de haber sido regenerados por las sagradas aguas del bautismo, y sus almas purísimas suben al trono de Dios. ¿Puede darse obra más grande, y más santa, y más hermosa, y más útil para el que la practica?

«Pero no es esto solo: los niños que sobreviven



son esmeradamente educados é instruidos por los misioneros, según su aptitud é inclinación. Unos aprenden un arte ú oficio mecánico, á otros los dedican al comercio, quiénes cultivan las bellas artes, y muchos, después de bien probada su vocación, abrazan el estado sacerdotal. ¿Quién puede calcular los inmensos beneficios que de esta obra portentosa podrá reportar la China, y por consiguiente, todas las vastas regiones orientales? Uno de los muchos obstáculos con que allí tiene que luchar el misionero católico es la invencible repugnancia, el estúpido desprecio de aquellos naturales á todo lo extranjero. Humanamente hablando, no sería temerario asegurar que el Cristianismo habría hecho allí mayores progresos, si no fuese por tan necia manía. Ahora bien: semejante obstáculo se allanará sobremanera si, gracias á la *Obra de la Santa Infancia*, llega á formarse en aquellos apartados pueblos un clero indígena, que, sin excitar recelos, lleve de uno á otro confin las dulcísimas verdades de nuestra religión augusta, única capaz de levantarlos de su triste envilecimiento y hacerlos dignos de nuestro nobilísimo destino. ¿Qué corazón generoso y cristiano no anhelará que tantos millones de semejantes suyos alcancen tamaña dicha?

Padres y madres de familia, ayudemos á los heroicos misioneros, que, sin reparar en sacrificios, marchan en alas de la caridad á aquellas inhospitables regiones donde por toda recompensa les aguardan trabajos sin cuento, hambre, frío, calor, desnudez, vigiliias, desprecios, escarnios, tratamientos inhumanos, y como digna corona, el martirio á muchos de ellos. Ayudémoslos con nuestras oraciones y con nuestra pobre limosna, que no es para quienes, como ellos lo dejaron todo por Cristo, sino para sostener la obra verdaderamente civilizadora de la *Santa Infancia*, que exige gastos crecidísimos para el rescate de niños, lactar á los que sobreviven, educarlos, instruirlos, y lo que es más triste, satisfacer á peso de oro la insaciable codicia de los mandarines y otros innumerables funcionarios, por alcanzar la sombra de protección menguadísima que aparentan dispensar.

Los habitantes de Santiago y su diócesis no han de permanecer sordos, no, al llamamiento que les reiteramos, seguros estamos de ello. El sacrificio no es grande: *cinco céntimos al mes*... En cambio los frutos son inmensos, pues además de que refluye sobre nosotros el beneficio que dispensamos á los pobrecitos niños, cuya intercesión en el cielo nos atraerá las bendiciones de Dios; los Sumos Pontífices, hasta nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, que con tan tierna solicitud mira esta hermosa institución, la han enriquecido con tesoros inmensos de gracias é indulgencias.

Mucho, muchísimo confiamos en el celo probado y caridad ardiente de los señores Curas párrocos, á quienes rogamos con el mayor encarecimiento sigan dando á conocer á sus queridos feligreses la *Obra de la Santa Infancia*, inculcando en su ánimo la importancia inmensa de tan sublime institución, que tan pocos sacrificios pide, tan copiosos frutos cosecha y tantas y tantas bendiciones puede atraer sobre individuos, familias y pueblos. Díganles y repitanles con San Vicente de Paúl, al fundar el primer establecimiento de niños expósitos: *Ved, ved esos pobres niños que os ruegan seas sus madres*. Vedlos, á pesar de la distancia, cómo os tienden sus manecitas, en actitud suplicante, pidiéndoos no tanto la vida temporal como el Bautismo... Si los dejáis abandonados, morirán privados para siempre de ver á Dios. Morirán á cientos de miles ahogados, estrangulados, aplastados, devorados vivos por los perros y cerdos. Por el contrario, si los adoptáis, vivirán; y serán *monumentos vivos* de vuestra caridad y crecerán como hijos vuestros y no cesarán de atraer con sus oraciones nuevas gracias sobre sí mismos y sobre vosotros; ó bien si mueren, que sin duda morirán muchos, morirán cubiertos con la sangre y los méritos de Jesucristo, y el cielo recogerá una abundantísima mies de angelitos, que os la tendrá en cuenta á vosotros y á vuestros hijos. No lo dudéis: ellos velarán por vosotros y los objetos más queridos á vuestro corazón, tomarán parte en vuestras alegrías y en vuestros pesares, celebrarán con vosotros los días en que solemnizáis los más faustos y señalados acontecimientos de vuestra vida, acompañarán á vuestros hijos en sus fiestas y regocijos; y en la hora de la muerte vendrán á animaros, á fortaleceros y á rogar por vosotros al Eterno, cerca del cual no cesarán de interponer su poderoso valimiento hasta que logren introducirlos en la patria común; y aun más, hasta en ella, hasta en aquella patria feliz en que una dicha sin límites satisface y apaga todos los deseos del corazón, acrecentarán la vuestra con toda la felicidad de que les veréis gozar eternamente.

¿Habrá una sola alma que al eco de este fervoroso llamamiento, hecho por el Párroco, deje de ins-

cribirse en la *Obra de la Santa Infancia*, y contribuir con su pequeño óbolo para sostenerla y propagarla más y más? ¿Habrá una parroquia de la archidiócesis de Santiago, una sola parroquia donde no se establezca y popularice y sea el ansia y anhelo mayor de todos los feligreses, sin excepción de clases, edad y sexo, la obra divina de la *Santa Infancia*? ¿Habrá una sola parroquia de esta nuestra diócesis que no figure en los Anales de la *Santa Infancia*, que no rescate todos los años algunos niños, muchos niños... para Jesucristo y para la eterna bienaventuranza?"

## DISCURSO DE SU SANTIDAD AL SACRO COLEGIO

EN EL ANIVERSARIO DE SU CORONACIÓN



VENERABLES Hermanos:

Aunque hondamente contristado por la pérdida reciente de uno de los más distinguidos miembros del Sagrado Colegio, que durante su corta pero laboriosa vida consiguió rendir inusitados servicios al Pontificado, prestándonos á Nós con amor y adhesión sinceros la cooperación de su inteligencia y de su celo, Nós acogemos con intenso regocijo las felicitaciones del Sagrado Colegio que vos, Venerables Hermanos, Nos habeis presentado con las protestas de vuestra adhesión á toda prueba, y de ayudar siempre, y cada vez más, al Papa en el gobierno de la Iglesia.

Este altísimo cargo se Nos presentó en el primer momento con formidable pesadumbre, y tal se Nos presenta aun hoy á consecuencia de la maldad de los tiempos, de las difíciles circunstancias en que se ha puesto á la Iglesia, y por el temor de un porvenir aún más temible para la Iglesia y para la sociedad. Empero Nos conforta, sostiene y estimula para llevar el peso formidable, la idea de los auxilios divinos y la virtud soberana de la Iglesia al ejercerse en favor de la sociedad. Virtud que permanece intacta, que nada ha perdido de sus fuerzas, por lo cual en estos mismos luctuosos días, la Iglesia, odiada, combatida y perseguida, continúa cumpliendo su misión pacífica, y propagando los beneficios de la verdadera Religión y de la civilización verdadera.

Así, conociendo esta virtud de la Iglesia, Nós, desde el principio de Nuestro Pontificado, decidimos darla á conocer aún mejor, difundirla por donde quiera, y Nós hemos tenido el consuelo de ver que Nuestras palabras han sido bien acogidas, y en consecuencia que la fe, propagada á lejanas distancias, crecía de una manera señalada. ¡Ah, si los pueblos y los príncipes, rechazando las falsedades, las preocupaciones y los odios acumulados en tantos años y tantos conductos contra la Iglesia y el Soberano Pontífice, llegaran á reconocer en la Iglesia el principio fecundo de toda la prosperidad que Ella sola encierra, y que Ella sola puede difundir sobre la tierra! ¡Cuán más tranquila viviría la sociedad! ¡Cuán presto y radicalmente desaparecería el terror con que hoy contempla el porvenir!

Pues con ese objeto Nós hemos juzgado que la obra más oportuna y la más conforme con Nuestro cargo apostólico, es la de señalar á los pueblos y á los príncipes este puerto de salvación, ayudándoles á refugiarse en él. Nós hemos consagrado nuestra vida á este objeto, persuadidos de que así Nós miramos por los intereses de la Religión y de la sociedad.

En vano, de otra parte, se ha pretendido ver en Nuestros actos un objeto distinto al de esta noble misión. Cuando Nós reivindicamos para la autoridad del Soberano Pontífice una verdadera libertad que afirme Nuestra seguridad y Nuestra independencia, con este objeto la reivindicamos. Porque Nuestra libertad y Nuestra independencia coadyuvan poderosamente á facilitar la acción benéfica y pacífica de la Iglesia y de la Religión.

Así, cuando se quiera y cuando se sepa reconocer la causa y razón de Nuestras justas reivindicaciones, la nación que ha de ser la primera en recoger las ventajas será incontestablemente aquella en que está la sede del Pontificado y que ya le debe tantas glorias y grandezas.

A estos pensamientos, á estas empresas, Nós aplicamos y Nós creemos deber aplicar constantemente Nuestra atención y solicitud.

¡Dios permita que se realicen! ¡Dios permita también que Nuestro Jubileo Sacerdotal, que Nuestros hijos se disponen á festejar tan piadosamente y con tanto amor, tenga éxito feliz para bien de la Iglesia, aumentos de la Religión y glorificación del Pontificado Romano!

## JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

PROGRAMA DE LAS FIESTAS DEL JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD, APROBADO POR EL SANTO PADRE.



DIEMBRE 31 de 1887. — Su Santidad recibirá la *Comisión internacional*, compuesta de los individuos de la *Comisión promovedora* y de los delegados de los Comités nacionales y extranjeros, quienes pondrán á los pies de Su Santidad la limosna de la Misa del Jubileo, ofreciéndole un altar. Recibirá después por Diócesis la peregrinación italiana.

1.º Enero de 1888. — Su Santidad celebrará su Misa del Jubileo por el mundo católico y los oferentes sobre el altar que le regale la *Comisión internacional*, que podrá oírle y recibir la Comunión en representación de los católicos de todo el universo, los cuales, en aquella hora misma y en aquel día, unirán sus oraciones y sus votos al Sumo Pontífice. En el mismo día Su Santidad inaugurará la *Exposición Vaticana*: la presentación de los dones se hará por la sección italiana de cada una de las Comisiones diocesanas, presididas por los muy reverendos Obispos ó por sus delegados, los cuales estarán en el sitio donde queden expuestos los respectivos dones; las otras secciones por los delegados de los Comités extranjeros.

En los meses posteriores de Enero al de Abril de 1888, Su Santidad recibirá sucesivamente, por el orden que se fije, las peregrinaciones de los diversos países, continuando abierta en todo este tiempo la *Exposición Vaticana*.

La Comisión diocesana de Barcelona, encargada del regalo que ha de hacerse á Su Santidad con motivo de sus *Bodas de oro*, ha publicado la siguiente circular:

«Delicado á la par que honroso fué para esta Comisión el encargo que recibió de la Junta diocesana, al distribuirse los trabajos para celebrar el Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre León XIII. La Diócesis de Barcelona, se nos dijo, debe agasajar al Vicario de Jesucristo no sólo con los presentes de carácter general acordados por la Comisión central de Italia, sino con alguno muy particular, que sea emblema de los sentimientos arraigados de este pueblo para con la Sede Apostólica, y expresión á la vez de sus nobles tradiciones y de su generosidad nunca desmentida.

No se ocultaba, empero, á la Comisión que, si para colocarse á la debida altura en ese difícil cometido era indispensable contar con sumas de importancia, la situación verdaderamente penosa del Sumo Pontífice reclamaba de un modo apremiante acumular con largueza los donativos en metálico destinados al Jubileo que habíamos de celebrar.

Bien meditadas han sido tales dificultades; pero penetrados todos nosotros de que Barcelona y su Diócesis responden siempre con incomparable grandeza, cuando se tocan las fibras de su religiosidad y de su patriotismo, resolvimos por unanimidad someter á la Junta general el siguiente pensamiento, que desde luego mereció aprobación unánime.

Entre las joyas de alto precio, que atesora nuestra Santa Iglesia Basílica, hay una que por su destino, su valor histórico y su notable antigüedad, tiene el privilegio de fijar las simpatías de todos los catalanes: La rica silla de plata sobredorada, en que es conducida por las calles de nuestra ciudad la filigranada Custodia de la Catedral en la procesión del Corpus. De ella cuenta la historia que fué trono de D. Martín de Aragón, y que en la misma, sobre ostentoso carro triunfal, entró en Barcelona D. Juan II en 28 de Octubre de 1473, después de haber derrotado en Perpiñán á los franceses. Pues bien: de ese símbolo de nuestras glorias patrias, de ese recuerdo asaz precioso de nuestro espíritu de indomable independencia y ferviente religiosidad, queremos hacer participe al venerado León XIII. Un acreditado artífice reproducirá el facsímil con esmerada fidelidad; y para rodearle del merecido esplendor, se preparará un solio de ricos tapices, cuyo dibujo, imitación de algunos que también se conservan en la propia Santa Iglesia, corre á cargo de muy distinguidos artistas.

Formado así un Trono, tan severo por su forma como digno por sus componentes, podremos decir en su día al soberano Pontífice: «Beatísimo Padre: ved si os quieren encumbrar vuestros fieles hijos de la Diócesis barcelonesa: no contentos con proclamarnos Papa-Rey, os envían como Trono la copia del que han consagrado al Soberano Señor de todos los siglos».



No obstante la magnificencia del objeto, se ha calculado que serán suficientes para cubrir los gastos de 30 á 35.000 pesetas, gracias al desprendimiento que están dispuestos á mostrar en la obra cuantos en ella serán llamados á intervenir. La Comisión abriga el convencimiento de que, no bien se esparza entre los católicos barceloneses y por las Parroquias de la Diócesis la noticia de tan lisonjero pensamiento, contribuirán á porfía con sus suscripciones á su digna realización. Si, como esperamos, y con nosotros nuestro Excmo. Prelado, excede la cantidad recaudada de los referidos gastos, pasará el sobrante á la Tesorería general para engrosar el Obolo de la Misa Jubilar de León XIII.

¡Católicos! ¡La gloria del Papa es nuestra gloria! Demostremos al mundo descreído que nuestro catolicismo está siempre á la altura de las circunstancias, y por encima de todas las contradicciones."

Barcelona 8 de febrero de 1887. (*Siguen las firmas.*)

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Manuel Mercader y Arroyo, Obispo de Menorca, ha dirigido al clero y diocesanos la Carta pastoral que á continuación transcribimos:

#### OBISPADO DE MENORCA.

*A nuestro venerable Clero y muy amados fieles diocesanos, salud en el Señor.*

« Dos aniversarios solemnes se cumplen este año para los fieles de esta isla y Diócesis de Menorca. Uno al principiarse el año; otro en el último día con que ha de terminarse: uno que interesa la patria temporal con relación á la eterna; otro que levantándose sobre las grandezas de la tierra tiene por objeto directo la eterna felicidad: uno tiene por héroe á un gran rey; otro al más augusto de los reyes, Vicario del rey inmortal é invisible de los siglos: al primero le conocieron y trataron, y recibieron de él los mayores beneficios que recibirse pueden de mano de un monarca temporal ha seis siglos vuestros antepasados; al segundo le tenemos vivo en medio de las naciones, dispensando á la totalidad del género humano los bienes celestiales de la ciencia, la virtud, la gracia y bendición, á los que siguen los demás bienes que en lo efímero de la vida sobre la tierra se nos conceden como añadidura: llamábase aquél Alfonso III de Aragón: llámase éste León XIII.

Con el aplauso que merecen las buenas acciones, habéis festejado, amados diocesanos, el día 17 del pasado mes de Enero, el sexto centenario de vuestra gloriosa victoria contra la ominosa opresión del yugo sarraceno, al arrollador empuje de las armas catalanas y aragonesas, bajo la visible protección de San Antonio y San Jorge. ¡Bien habéis merecido de Dios y de la patria al renovar en vuestros corazones la alegría de vuestros mayores, cuando después de rotas por tan potentes medios las bárbaras cadenas, recobraron la libertad del patrio suelo, y lo que es más, la libertad de hijos de Dios, y vuestra dichosa autonomía en los órdenes civil, político y religioso!

Reverdecidos así los cívicos laureles de que justamente os gloriáis, toca ahora á vuestro humilde Prelado poner en vuestras manos las palmas de la Religión con que salgáis alegremente al encuentro á nuestro pío triunfador León XIII en el quincuagésimo aniversario de su consagración sacerdotal, que ha de ocurrir el 31 de Diciembre de este mismo año. No son una isla sola, ni un continente, los que con extraordinarios aprestos se disponen á celebrar tan singular solemnidad; es el orbe todo quien así se prepara, compuesto de trescientos millones de católicos, con el adjunto de los no católicos, como de ello dan muestras los alemanes cuando acuden al Papa para ventilar sus derechos y los de España sobre las islas Carolinas, y los turcos cuando piensan hacerlo para definir los suyos sobre la Bulgaria.

Medio siglo va á cumplirse que nuestro amado Pontífice recibió la investidura de santidad á la que, gloriosa siempre en él, andando el tiempo había de dar tanta gloria; medio siglo hace que ungió el óleo santo esas manos sacratísimas que tantos beneficios habían de derramar sobre los hombres; medio siglo hace que en el orden sacerdotal fué consagrada á Dios esa augusta cabeza que había de ceñir la tiara en el reino del honor, la justicia, la verdad y la caridad. En los últimos diez años que como Papa viene ocupando el solio supremo de la Iglesia militante, enmudece de asombro toda lengua que pretenda ponderar sus virtudes. Dése una ojeada á esa veintena de portentosas encíclicas con que en este período ha iluminado al mundo, y véase si cabe derramar más luz sobre esas cuestiones que tanto preocupan á los pretendidos sabios de nuestros días; véase si queda un solo punto oscuro á donde no penetren los vibrantes rayos de las pontificias luces;

véase, en fin, qué excusa le queda al mundo si no da con la ajustada solución á los intrincados problemas, que él mismo se forja en su temerario desvío de la verdad.

Aunque todos los hombres que hoy viven sobre la tierra se reunieran, y bajo la guía de los mayores lumineros del cielo acudiesen á las prisiones del Vaticano, y allí ofreciesen á los pies del gran Pontífice León XIII todo el oro, mirra é incienso que los recursos de la industria consiguiesen reunir en un momento dado, sería una mezquina é insignificante retribución á los imponderables desvelos y positivos beneficios que el Papa León XIII ha dispensado al género humano.

Mas, aun cuando la negra ingratitud sea una de las manchas que á la mísera humanidad legó el primer pecado, es lo cierto, y en ello tiene el espíritu cristiano un gran motivo de consuelo, que hoy por hoy en medio de las aflicciones que en su esclavitud rodean al Padre Santo, á la universalidad de los países de la tierra, corresponde la universalidad de un sentimiento católico altamente generoso, que rebotando amor al gran Pontífice, y exaltando este amor con el profundo interés que sus dolores cada día más exacerbados por los excesos de la revolución inspiran, hierva, digámoslo así, en estos momentos por significarse en todos los tonos posibles para solemnizar las Bodas de Oro de León XIII, ó sea el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. De esa misma Italia, para que mejor resplandezca la providencia de Dios; de esa misma Italia, que está talmente ahogando al Pontífice, y pretende ¡vana quimera! aniquilar el Pontificado, ha partido la feliz iniciativa de solemnizar esta fiesta jubilar de una manera tal, que al honrar la sublimidad del Sumo Pontificado, lleve un testimonio de admiración á los relevantes méritos y virtudes del actual Pontífice; y al procurar un consuelo en la tribulación á que perversas maquinaciones le someten, sea una protesta ardiente, y un incesante clamor contra tamañas maldades, hasta obtener la extinción de ellas con la libertad del Papa, y la santa independencia de que ha menester para el expedito gobierno de la Iglesia, y mayor utilidad de los mismos que, pudiendo, no se determinan á ayudarle con medios positivos y eficaces.

El proyecto, generalizado ya por todo el orbe católico, de festejar con las respectivas fuerzas al Papa en el día de su Jubileo Sacerdotal, 31 de Diciembre de este año, día dedicado á la fiesta del gran Papa San Silvestre, abraza los cuatro extremos siguientes:

Alianza de oraciones.

Limosnas para la Misa jubilar que ha de celebrar Su Santidad.

Ofrendas de objetos de arte cristiano, ó pertenecientes al culto.

Peregrinaciones á Roma.

Tocante á la ofrenda del incienso de la oración que debemos al Papa Rey, creemos que desde el domingo de Pentecostés en adelante todos los domingos subsiguientes hasta el cuarto de Adviento inclusive (18 Diciembre) no ha de haber inconveniente en rezar de rodillas las Letanías mayores con las oraciones correspondientes, á la conclusión de la Misa Mayor. Pueden también organizarse en las parroquias coros de hombres y coros de mujeres, que se encarguen durante el año de las devociones que mejor estimen, y las consignen por escrito en notas que pasarán á sus Párrocos, y estos cuidarán de trasladar en estados en limpio, á pliego entero, á Nuestra Secretaría. Contamos muy especialmente con las Asociaciones de los SS. Corazones, y demás piadosas.

El Dinero de San Pedro, hoy día sustentado en Menorca con los descuentos mensuales que se impone á la casi totalidad del Clero, podría acrecer este año, á fin de procurar al exhausto tesoro del Papa algun aumento, disponiéndose colectas, ó bandejas á las puertas de las Iglesias, en las principales festividades del año, á discreción de los RR. Párrocos, en cuyo celo siempre confiamos; y así ofrecemos también el oro al más augusto de los Reyes.

Alguna ofrenda de objetos de arte cristiano, quizá no sea difícil presentarla á Su Santidad, y desde luego daremos curso á lo que sobre el particular quieran entregar los fieles. Menos dificultad habrá en reunir algunos objetos propios para el servicio del culto, pues aunque sean de escaso valor, Su Santidad los utiliza en beneficio de las iglesias pobres.

Tocante á peregrinaciones á Roma, gran cosa se haría con que de cada diócesis saliese una más ó menos numerosa, que llegando á besar al ínclito sucesor de Pedro los pies y las cadenas, contrastase con su amor y lealtad, en representación de la Diócesis comitente, el odio é iniquidad de sus carceleros y verdugos. Y aquí entra la ofrenda de la

mirra al Rey oprimido, la que en todo caso podría suplirse con reverentes exposiciones, ó mensajes.

Al tender la vista sobre el cuadro que el amor filial y el más acendrado catolicismo nos llama á llenar en la parte que se nos alcance, con el fausto motivo del Jubileo Sacerdotal del Papa, no se nos oculta la condición de la diócesis de Menorca, reducida y pobre; y harto sabemos que por extremos que fuesen la voluntad y los esfuerzos de nuestros amados hijos, sobre lo cual no abrigaríamos la menor duda, jamás nos ocurriría lisonjarnos de obtener los felices resultados que, en honra de las Diócesis y gloria del Romano Pontífice, se obtendrán seguramente en todas ó casi todas las demás de España, y así lo hemos dicho en respuesta á la excitación del Emmo. Cardenal Schiaffino. Pero, como lo que aquí ha de exhibirse á los ojos de Dios y de los hombres no son precisamente las riquezas materiales, sino las espirituales, y aquellas sólo en cuanto á estas representan; la firmeza de vuestra fe, amadísimos diocesanos, y sobre esta base la inquebrantable adhesión á la Cabeza visible de la Iglesia, al Papa, he aquí el tributo que se os pide en los solemnes momentos que embargan justamente la atención del orbe católico, tributo significado por unas pocas monedas, ú otro objeto capaz de tan preciosa significación.

Para organizar en algún modo ese movimiento que de vuestra religiosidad é hidalguía nos prometemos, sosegado sí, pero eficaz, amadísimos diocesanos, auxiliándonos ante todo de Nuestro Senado el Ilmo. Cabildo Catedral, hemos nombrado y constituido una Junta general para todo el Obispado, con la cual podrán comunicar y de ella recibir instrucciones los RR. Párrocos, las respectivas Juntas parroquiales que *ad hoc* rogamos á aquellos instituyan, las Cofradías, las Conferencias, y demás Asociaciones piadosas, los colegios y las escuelas, reservando entre estos establecimientos el primer puesto á Nuestro Seminario Conciliar.

Componen dicha Junta Superior Diocesana los sujetos siguientes:

Presidente, M. I. Sr. D. Roque Coll, Canónigo Magistral.

Vicepresidente, M. I. Sr. D. José Febrer, Canónigo Doctoral.

Vocales, M. I. Sr. Barón de Lluriach.

Idem, Sr. D. Vicente Simó y Bagur.

Idem, D. Bartolomé Píris Xalabrí.

Idem, D. José Miret y Anglada.

Idem, D. Francisco Barceló y Camps.

Idem, D. Antonio Juaneda y Camps.

Secretario, D. Ambrosio Carabó, Presbítero.

Vicesecretario, D. Miguel Faner, Presbítero.

Ea, pues, menorquines muy amados; si, como es verdad, corre por vuestras venas la sangre de los que acompañaron á Alfonso de Aragón en la empresa de vuestra reconquista, no es menos cierto que sois hijos de la Iglesia, y que sois católicos. El Papa gime y se queja en la durísima esclavitud á que le sujetan desnaturalizados hijos; y en tanto el Omnipotente hace brillar sobre esa frente de Rey, de Sacerdote y de Mártir, el quincuagésimo aniversario de su unción sacerdotal. Diez y ocho años há, celebrábamos igual fiesta por el inolvidable Pío IX. Agrupémonos ahora alrededor del trono del gloriosísimo León XIII, unámonos todos en la oración: *presente el pueblo sus preces al Dios excelso, hasta que sea cumplido el servicio del Señor; y mientras el Pontífice Sumo, en expresión de las Santas Escrituras, alza sus manos sobre toda la congregación de los hijos de Israel para dar gloria á Dios con sus labios, y para gloriarse en el nombre de él mismo, y reiterar su oración para mostrar la virtud de Dios; oremos también nosotros y pidamos á Dios, por mediación de la Santísima Virgen y de todos los Santos nos dé alegría de corazón, y que haya paz en Israel por sempiternos días: paz á su Iglesia, paz á la sociedad, paz á las familias, paz á todos los hombres.*

¡Paz sobre todo, y libertad, honor, triunfo y gloria al excelso Pontífice que ocupa hoy la Silla de Pedro: que mientras para el Romano Pontífice no haya paz, el mundo no tendrá paz!

Codicid vosotro, amados diocesanos, esa santa paz de todas veras; que con la paz se obtienen los bienes todos; y sea en prenda de tan inestimable beneficio la bendición que del fondo de Nuestra alma os damos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Ciudadela, en la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, 2 de Febrero de 1887. — MANUEL, Obispo de Menorca.

El Sr. Obispo de Cádiz ha nombrado la siguiente Junta diocesana del Jubileo Sacerdotal de León XIII:



*Junta de Caballeros.* — Presidente, Dr. D. Salvador Moreno y Jiménez, Dignidad de Chantre de la S. I. C.

Vicepresidente, Dr. D. Manuel Cerero y Soler, Canónigo Penitenciario de la misma.

Vocales, Dr. D. José M.<sup>a</sup> Ríos y Rodríguez, Canónigo Secretario del Obispado. — Dr. D. José Gallardo y Benítez, Rector del Seminario Conciliar. — D. José de Flores y Tinoco, Cura Párroco de Santa Cruz. — Dr. D. Antonio Hernández del Puerto, Coadjutor de San Lorenzo. — Ilmo. Sr. D. Francisco Santa Olalla y Millet, Presidente de la Audiencia. — Ilmo. Sr. Marqués de la Garantía. — D. Antonio Sicre. — D. Ricardo Sobrino. — D. Angel Díaz Romerosa. — D. José de Zulueta y Newman. — D. José García Ramos. — D. Ramón Visedo y Argote.

Secretario 1.<sup>o</sup>, D. José M.<sup>a</sup> León y Domínguez, Beneficiado de la S. I. C.

Secretario 2.<sup>o</sup>, D. Arturo García de Arboleya.

Tesorero, D. Manuel de la Piedra y Rodríguez.

*Junta de Señoras.* — Presidenta, Excm. Sra. doña Micaela Aramburu de Moreno de Mora.

Vicepresidenta, Sra. Doña Luisa Ruiz-Tagle, Viuda de Alberti.

Vocales, Sra. Doña Magdalena Méndez de la Viesca. — Sra. Marquesa de Santo Domingo de Guzmán. — Sra. Doña Emilia Carrera de Aramburu. — Excm. Sra. Doña Natalia de Vicente, Viuda de Alcón. — Sra. Doña Manuela Quesada de Díez. — Excm. Sra. Doña Alberta Goicoechea, Viuda de Amusatégui. — Sra. Condesa de Mayorga. — Señora Doña Dolores Bayo de Iriarte. — Sra. Doña Engracia Lacomba. — Srta. Doña Ana de Viya. — Señorita Doña Ana María de la Viesca. — Srta. doña Catalina Picardo y Paül.

Secretaria 1.<sup>a</sup>, Srta. Doña Sofía Gálvez y Fatio.

Secretaria 2.<sup>a</sup>, Srta. Doña María Luisa Urruela y Colón.

Tesorera, Sra. Doña María Jesús Labarrieta, Viuda de Uriarte.

## EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

**D**ON FEDERICO GUIASOLA Y LASALA, nació en Madrid el 10 de Abril de 1830. Discípulo de D. Federico Madrazo y de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. Tiene muchas obras de mérito, entre las que recordamos un *San Martín* para la iglesia de su advocación; *La Virgen* para el convento de Carmelitas de Alba de Tormes; *San Francisco* y *San Jerónimo*.

DOÑA JOSEFA GUMUCIO Y GRINDA, natural de Granada y discípula de D. Francisco Mendoza. En las Exposiciones de la Academia de San Fernando de 1848 y 1854 y general de Bellas Artes de 1856 expuso, entre otras obras, la *Aparición de la Virgen a Don Jaime I de Aragón* (motivo de la institución de la orden de la Merced para la redención de cautivos).

D. SEVERIANO GUTIÉRREZ. En la Exposición celebrada en Avila en 1882 presentó un *San Pablo Ermitaño*.

D. JOAQUÍN GUTIÉRREZ DE LA VEGA. Entre sus varias obras citaremos: *Mater Creatoris*.

D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA, natural de Sevilla y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. En 1.<sup>o</sup> de Julio de 1832 fué creado Académico de mérito de la de San Fernando mediante su cuadro de la *Coronación del Rey San Fernando*. Para el Liceo artístico y literario pintó una *Dolorosa*, que motivó la poesía de D. José Zorrilla titulada *La Virgen al pie de la Cruz*, y una *Concepción*, propiedad del Sr. Díez Martínez. En la Exposición de Cádiz de 1854 presentó dos cuadros, representando el uno a *Santa Catalina* y el otro a *Santas Justa y Rufina*. En la Universal de París de 1855 presentó también dos lienzos: *Santa Agueda* y *Santa Filomena*, y en la de Madrid de 1862 *Jesús y San Juan en el desierto*, *La Magdalena* y *La Sacra Familia*. También son obra suya una *Concepción*, propiedad de D. Francisco de Asís de Borbón, y tres lienzos, existentes en la parroquia de San Pedro de Sevilla, que representan *La Oración del Huerto*, *El paralítico de la Piscina* y *La Samaritana*.

D. ANSELMO GUTIÉRREZ Y ORCAJADA, natural de Sevilla y discípulo de la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad. En la Exposición de Barcelona de 1866 presentó una *Sagrada Familia*.

D. EUGENIO EULALIO DE GUZMÁN, Conde de Teba y de Montijo y notable pintor de afición. Regaló a la Academia de San Fernando una *Dolorosa*,

copia de Mengs, y un dibujo antiguo de asunto profano.

D. JORGE HERENCIA Y SÁNCHEZ, pintor, natural de Toledo, discípulo de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. En la Exposición de Madrid de 1876 presentó el *Interior del coro de la catedral de Toledo*. En la de 1878 *La Capilla mayor* y *La campana grande* de la catedral de Toledo, y la *Iglesia del Tránsito*, antigua sinagoga, en la misma población.

DOÑA FILOMENA HERMOSO, pintora de afición. En la Exposición celebrada en Sevilla en 1868 presentó una copia, al óleo, representando a *San Pedro en oración*.

D. GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES, pintor contemporáneo, natural de Murcia. En la Exposición ordinaria de la Academia de San Fernando, celebrada en 1848, exhibió un cuadro representando a *Jesús y la Samaritana*. En la del año siguiente presentó *La desesperación de Judas*. En la de 1850 *El martirio de las Santas Justa y Rufina*. En 1853 pintó el lienzo *Eva cogiendo la manzana*. Para la Exposición Nacional de 1862 el *Viaje de la Santísima Virgen y de San Juan a Efeso después de la muerte del Salvador*, que obtuvo primer premio. En la Exposición de 1864 figuró *La despedida de la Virgen del cuerpo muerto de Jesús*, que obtuvo consideración de medalla de primera clase y fué adquirido por la Comisaría de los Santos Lugares para el templo de San Francisco el Grande. En la Exposición de 1866 presentó *La casta Susana*, que figuró después en la Universal de París, y *La Magdalena*. Obtuvo consideración de medalla de primera clase.

Es autor el artista mencionado de *La Virgen del Desierto*, obra premiada en la Exposición provincial de Murcia con medalla de oro, el año 1868; *El Salvador y La Magdalena llorando junto al sepulcro de Jesús*, y finalmente, de cuatro primorosos bocetos titulados *Las Virtudes cardinales*.

D. VÍCTOR HERNÁNDEZ AMORES, hermano de don Germán, natural de Murcia, fué pensionado en París por la Comisaría general de Cruzada. Figuró el primer cuadro de este artista en la Exposición de Madrid de 1849, siendo su asunto *El levita de Efraim al encontrar a su mujer muerta*. En la Exposición de 1850 presentó *La Magdalena junto al sepulcro del Señor*.

D. LUIS HERNÁNDEZ TOMÉ. Presentó en la Exposición Nacional de 1881 su cuadro *Antes de la procesión*.

D. ANSELMO HERNÁNDEZ Y BARROSO, natural de Madrid. En la Exposición en ésta de 1876 presentó *La vida monástica*. A la celebrada por el Círculo de Bellas Artes en 1880 concurrió con el *Coro de un convento*.

D. JOAQUÍN MARÍA HERRER Y RODRÍGUEZ, natural de Madrid. Es autor el Sr. Herrero de *El agua bendita*, premiado con medalla de tercera clase el año 1866, y de *La última salida de dos novicias antes de tomar el velo en un monasterio*, propiedad de Doña Isabel II. Concurrió el expresado pintor a la Exposición de 1881 con su cuadro *El Emperador Carlos V recibiendo el viático*. En Roma pintó un lienzo titulado *Monjas en el coro*.

D. MANUEL HERRERA Y LOZANO, nació en Sanlúcar de Barrameda, provincia de Cádiz, en 1830. Las obras del Sr. Herrera, que debemos mencionar, son: *Un Salvador*, *Una Virgen de la Piedad* y un *Interior de la catedral de Sevilla*.

DOÑA ENRIQUETA HIDALGO. En la Exposición provincial celebrada en Cádiz en 1862 presentó *Una Concepción*, por cuyo trabajo obtuvo mención honorífica, habiendo sido premiada su autora por sus anteriores estudios en la Escuela de Bellas Artes de dicha ciudad.

D. MARCOS HIRÁLDEZ DE ACOSTA, natural de Sevilla. Estuvo pensionado en Roma por el Duque de Osuna; fué premiado con mención honorífica en la Exposición de 1862, donde presentó dos cuadros. Uno de ellos *Faraón restituyendo a Abraham su esposa Sara*. En diferentes Exposiciones ha obtenido premios. El Sr. Hiráldez de Acosta es caballero de las Ordenes de María Victoria y Carlos III.

D. ANDRÉS DE HOYOS SIMÓN, pintor sevillano. En la Exposición iniciada por la Sociedad económica de Jerez en 1858 presentó un *Abel moribundo*, que mereció mención honorífica. En la Exposición Universal de París, celebrada en 1867, presentó un dibujo a pluma representando a *San Rafael y Tobias*.

D. MANUEL HUERTA Y PORTERO, natural de Esquivias, en la provincia de Toledo. Discípulo de la Academia de San Fernando, obtuvo varios premios. A la Exposición de 1864 concurrió con el *Entierro de Santa Leocadia*.

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA, natural de Valdepeñas. Logró con su aplicación ser protegido por los Marqueses de Benamejí y por D. Francisco de Asís de Borbón. Concurrió a las Exposiciones

de 1860 y 1862, presentando en la segunda un *San Ildefonso*, y alcanzó, entre otras distinciones, la Cruz de Carlos III. Murió en su pueblo natal en los primeros días de Octubre de 1876.

D. CARLOS HURTADO Y CORRAL, natural de Madrid. En la Exposición Nacional de 1871 presentó: *Iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo* y *Claustro bajo de San Juan de los Reyes*. En la de 1878, *Sepulcro del Cardenal Mendoza en la catedral de Toledo* y *Puerta de la sala capitular de la misma catedral*. En la de 1881, *Honras fúnebres a la memoria de la Reina Doña Mercedes, celebradas en Madrid en 17 de Julio de 1878 en la iglesia de San Francisco el Grande*. También es autor de otro lienzo representando *Los funerales de D. Adelardo López de Ayala, en el mismo templo anteriormente citado*.

D. MARIANO ILLA, creado en 5 de Octubre de 1777 Académico de mérito por la de Pintura de la de San Carlos de Valencia. En los primeros años del siglo era Teniente Director sin ejercicio de la clase de pintura en las enseñanzas que sostenía en Barcelona la Junta de Comercio. En el Museo provincial de aquella población se conservan tres lienzos suyos, titulado uno de ellos *La educación de la Virgen*.

D. NARCISO INGLADA, natural de Villanueva y Geltrú y establecido en Barcelona. En diversas Exposiciones ha presentado sus obras el pintor que nos ocupa. En la celebrada el año 1858 en Barcelona patentizó su delicada ejecución con un lienzo representando al *Beato Oriol*. Otro cuadro de asunto religioso, *San Bernardo*, existe en el templo de Montserrat, y fué regalado por su autor en 1854.

DOÑA FELIPA IÑIGO Y SARDAÑA. En la Exposición pública celebrada en Zaragoza el año 1850 presentó *La cena del Señor en casa de Simón*.

DOÑA ELENA IZQUIERDO, natural de Segorbe, hija y discípula del artista D. Vicente. Entre varios trabajos presentados en las Exposiciones de 1878 y 1881 figura una *Vista de la iglesia de Cambó*.

D. VICENTE IZQUIERDO, natural de Segorbe (Castellón). Desde el año 1858 ha figurado este artista en todas las Exposiciones celebradas en Madrid, obteniendo en dos de ellas mención honorífica. En la del año 1864, presentó, *Murillo pintando la Concepción*; en 1866, *La Comunión*; en 1871, *Una joven en misa*, *Interior del convento de dominicas de Avila* y *Capilla del Condestable en la catedral de Burgos*. También ha concurrido con numerosos trabajos pictóricos a diferentes certámenes de carácter particular en la capital de Francia.

M. DE A.

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFÍA

*Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España*, los días 8 y 13 de Marzo de 1887. — Madrid, 1887, imp. de Ginesta.

Agradecemos vivamente al Sr. D. Juan de Morales Serrano, Secretario general del Banco de España, los ejemplares con que nos ha favorecido de la Memoria comprensiva de las operaciones efectuadas por nuestro primer establecimiento de crédito durante el año de 1886.

*Mentiras y verdades*. Poesías de Manuel García de Agüero. — Madrid, 1887, imp. de Manuel G. Hernández.

Elegantemente presentado el libro del Sr. Agüero, pueden leerse en él con deleite numerosas composiciones poéticas, que si no son de altísimo vuelo, denotan la discreción de su autor, el cual, si en este trabajo, sobrado subjetivo y personal, muestra disposiciones tan felices, en los sucesivos habrá de dar justificado motivo para más resueltas alabanzas. Dotado de buen gusto, de sano criterio y honradas aspiraciones; sabiendo encerrar en las combinaciones métricas de dificultad mayor pensamientos delicados, el Sr. Agüero se presenta en el mundo literario con buenos antecedentes que el tiempo se encargará de confirmar.

*In laudem philosophiae oratio quam in solemnibus institutionibus studiorum seminarii gerundensis anni academici 1886-87 habuit Joachim Gou Solá*, Presbyter, in sacra theologia doctor, in philosophia literisque licentiat et in eodem gymnasio philosophiae professor. — Gerundae, 1886.

El estudio del docto profesor del Seminario de Gerona, Sr. Gou y Solá, será siempre un título que le enaltezca, tanto por su levantada tendencia, como por el lenguaje literario en que lo desarrolla. Es sensible, no obstante, que no haya dado a la estampa una versión castellana de su opúsculo, para que pudiera conocerse y apreciarse por las muchas



personas que ignoran ó saben muy superficialmente la lengua del Lacio.

*Visitas á los pobres*, por R. B. R.

Con este título ha publicado la Sra. Marquesa de Salinas, autora de otros bellísimos escritos, un precioso opúsculo que, por el asunto sobre que versa y que ha tratado en él de una manera interesante, debemos recomendar especialmente á nuestros lectores. Los variados y amenos cuadros de caridad que en él nos presenta, descritos con sentimiento y elegante sencillez, no pueden menos de excitar en cuantos los lean el interés por el pobre y el deseo de visitarlo y socorrerlo, si es que ya no dedica el que lo lea algunos ratos á esta excelente obra. Por esto creemos que no sólo interesa leer este opúsculo, sino darlo á leer á los que viven olvidados y alejados de los pobres, tan dignos siempre de la atención y del auxilio de los que pueden aliviar sus miserias.

Se vende á 2 reales en las librerías católicas de Madrid.

## NOTICIAS

El P. Anderledy, nuevo General de la Compañía de Jesús, ha ido á Roma á recoger la herencia del P. Beck y presentar su respeto al Papa; pero volverá muy pronto á su querido retiro de Fiesale.

Nació el 3 de Junio de 1819 en Berisal, aldehuela del cantón de Valais, en Suiza, y cursó filosofía y humanidades en el colegio de Jesuitas de Bregue. Admitido poco después en la Compañía, se le encargó la cátedra de literatura en el Colegio de Friburgo, y después sus superiores le enviaron á Roma, donde estudió teología bajo el cuidado del P. Peci, hoy Cardenal, hermano mayor de León XIII.

El clima de Roma no convenía á la naturaleza, entonces algo débil, del P. Anderledy, y se vió obligado á volver á Friburgo, donde estuvo también poco tiempo, por la derrota del Sonderbund, después de la cual los protestantes arrojaron de Suiza á los Jesuitas, cerrando sus colegios. Preso en Avenches, cantón de Vaund, el P. Anderledy, debió la vida á su presencia de ánimo; consiguió la libertad y pasó á Chambery, donde tampoco pudo gozar de muchos días tranquilos; teniendo que trasladarse á América, donde recibió las órdenes. Asignósele, por teatro primero en sus trabajos apostólicos, la unión de Frembay, sobre el lago Erie, donde dejado llevar de su celo enfermó gravemente y debió volver á Europa en 1850, fijándose en Gante.

Pareció entonces que se inauguraba una era de tranquilidad para los Jesuitas que encontraron en Alemania un campo más vasto y fértil. Munster, Colonia, Aquisgran, Coblenza vieron establecerse residencias de Jesuitas, de las que partían misioneros en todas las direcciones, logrando brillantísimos triunfos. Y entonces fué cuando el P. Anderledy dió á conocer toda su inteligencia y su infatigable actividad, á la vez que sus altísimas virtudes y su abnegación. Su palabra fervorosa y elocuente resonó desde el Rin hasta Dantzig con los mayores frutos.

Desde aquel momento data lo que puede llamarse su preparación para el alto cargo de que hoy se halla investido, consagrándose á la dirección y educación religiosa y científica de sus hermanos.

Sucesivamente Rector en Colonia y en Paderborn, fundó en 1863 el magnífico Colegio de María-Caach, que llegó á ser muy luego uno de los más magníficos establecimientos de la Compañía de Jesús.

Llamado al Consejo supremo de la Orden como asistente de las Provincias de nacionalidad germánica, el P. Anderledy fué para su General un ayudante precioso que ganó la confianza y el cariño de toda la Compañía. Esta confianza se manifestó en toda su plenitud el 24 de Septiembre de 1883, cuando en el primer escrutinio, y casi por unanimidad de votos, fué elegido Coadjutor y futuro General de la Compañía.

En los diversos cargos que ha desempeñado, y que son los más importantes que puede tener un religioso, los de misionero, profesor de teología y Superior, el P. Anderledy ha justificado la gran estimación en que se le ha tenido. Sus conocimientos lingüísticos son utilísimos en el ejercicio de los cargos que ha desempeñado, porque además de las antiguas lenguas clásicas, el P. Anderledy posee á fondo el alemán, el francés, el italiano, el inglés y el español.

Para satisfacción de algunos fieles que desean saber qué clase de objetos pueden figurar en la Expo-

sición del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad, reproducimos el siguiente resumen que inserta un colega:

OBJETOS DE APLICACIÓN PARA EL CULTO Y USO SACERDOTAL: Altares para las Misiones. — Mantel. — Frontales. — Cortinas para los Sagrarios. — Doseles y cortinajes. — Colgaduras y damascos. — Mantel para comulgatorio. — Casullas. — Albas. — Amitos. — Cingulos. — Lavabos. — Purificadores. — Corporales. — Hijuclas. — Palias. — Estolas sueltas. — Estolas moradas y blancas. — Esclavinas para Viático. — Umbrellas. — Dalmáticas. — Capas pluviales. — Paños de hombros. — Paños para atri-les. — Roquetes. — Sobrepellices. — Cubrecozones. — Cintas para cucharitas. — Mitras. — Guantes. — Paliros. — Bauderas. — Pendones. — Estandartes. — Sotanas. — Manteos. — Bonetes. — Solideo.

EN METALES: Imágenes. — Custodias. — Cálices. — Copones. — Vinajeras. — Relicarios. — Crucifijos. — Cruces. — Cruces altas. — Credenciales. — Báculos. — Pectorales. — Sortijas. — Incensarios. — Lámparas. — Palmatorias. — Punteros. — Cerilleros. — Crismeras. — Calderetas. — Hisopos. — Conchas para bautizos. — Crucifijos de misionero. — Bandejas. — Jarros y palanganas. — Jarrones. — Candeleros. — Candelabros. — Sacras. — Cucharitas para cáliz. — Medallas. — Campanas. — Campanillas. — Guarda-hostias. — Moldes para ídem. — Guantes para ídem. — Remates para estandartes y pendones. — Coronas para imágenes.

ESCULTURA Y PINTURA: Imágenes de madera. — Ídem de cartón romano. — Ídem de cartón-piedra. — Altares. — Candeleros. — Atriles. — Sacras. — Pinturas religiosas. — Oleografías. — Estampas grandes y pequeñas.

TEJIDOS DE SEDA, LANA Y ALGODÓN: Paños para hábitos religiosos. — Merinos. — Sederías de todas clases. — Terciopelos. — Tapicerías. — Alfombras. — Cordones. — Pasamanería. — Telas de hilo. — Ídem de algodón. — Cintas. — Galones. — Encajes. — Blondas. — Puntillas. — Hilos.

OBJETOS VARIOS: Rosarios. — Escapularios. — Misales. — Breviarios. — Rituales. — Devocionarios. — Libros religiosos. — Viacrucis. — Blandones. — Velas, cirios, cerillas. — Floreros. — Flores artificiales. — Vinos puros. — Aceites. — Objetos de quincalla. — Ídem de bisutería para Misiones. — Artículos de ferretería para Misiones. — Ídem de cristal para Misiones. — Ídem de escritorio para Misiones. — Juguetes para Misiones.

El Círculo Católico Obrero de Valencia, deseoso de extender la religiosa educación que viene dando á los trabajadores, ha inaugurado una escuela nocturna en el pueblo de Godella. El acto revistió el carácter de una solemnidad: recibida la comisión, que presidía el muy ilustre señor canónigo don Ramón Peris Mencheta y el presidente del Círculo, á los acordes de la música se celebró la ceremonia en un local convenientemente dispuesto, pronunciando sentidos discursos los Sres. Escrig de Oloriz y Serrano Chasaing, los que resumió el digno Cura párroco, dando las gracias al Círculo, á sus feligreses y á las personas invitadas, por el celo que demostraban en favor de la instrucción religiosa de Godella, cuya escuela nocturna, en el corto tiempo que lleva de existencia, cuenta ya con más de 120 alumnos.

Se trata de adornar el sepulcro del taumaturgo barcelonés Beato José Oriol de un modo digno de sus esclarecidas virtudes. En la capilla donde está colocado el cuerpo del insigne Beato, de la iglesia de Santa María del Pino, se levantarán las insignes reliquias. De rodillas sobre el sepulcro, se verá la imagen del Beato y dos ángeles con ciriales colocados á uno y otro lado. La mesa del altar será de mármol y estará sostenida por columnas parecidas á las del altar mayor. En las paredes laterales se colocarán diez y seis cuadros al óleo que representarán diferentes escenas de su vida y la de su muerte. La imagen estará cobijada por un doselete de bronce dorado. La devoción que tiene Barcelona á su insigne compatriota se manifestará á no dudar con las dádivas que se aprontarán para levantarle un monumento que será elocuente testimonio de la piedad de los barceloneses.

En la Iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús se celebrará una solemne novena al Patriarca San José, la que empezará el martes 15, á las cuatro de la tarde.

## NECROLOGIA

Un despacho de Roma anuncia el fallecimiento del P. Beck, General de la Compañía de Jesús, ocurrido el día 4.

Nació el P. Pedro Juan Beck en Sechem (Bélgica) el 8 de Febrero de 1795, y apenas tuvo edad suficiente, abrazó el estado eclesiástico, siendo admitido en la Compañía y destinado á Hildelsheim en 1819.

Habiéndose convertido al catolicismo el Duque Fernando d'Anhalt-Röthen, el P. Beck fué enviado por la orden en calidad de confesor del Duque, y después de la muerte de éste acompañó á Viena á su viuda la Condesa Julia.

En 1847 fué nombrado procurador de la provincia de Austria.

En el año inmediato, al ser expulsados de ella los Jesuitas, el P. Beck regresó á Bélgica y fué nombrado rector del Colegio de Lovaina.

Cuando volvieron á Austria, el P. Beck ayudó eficazmente al primado de Hungría, Cardenal Scheitovsky, para obtener la reintegración de la orden en aquella parte del Imperio, donde fundó el importante noviciado de Tirnau.

Enviado á Roma en 1853 á la Asamblea convocada para dar un sucesor al P. Rothau, fué elegido General de la orden, y cuando fueron suprimidos en Roma los conventos de Jesuitas se retiró á Florencia.

En los últimos años de Pío IX obtuvo el capelo cardenalicio.

El P. Beck ha publicado diversos escritos, entre ellos un *Mes de María*, que ha sido traducido á todos los idiomas, y ha prestado eminentes servicios á la Iglesia dirigiendo la marcha de la Compañía de Jesús con una prudencia, habilidad y sabiduría de que son testimonio evidente el buen espíritu, la cohesión, el fervor de sus individuos y la gran extensión que ha alcanzado en todo el mundo, en medio de las persecuciones y contrariedades con que ha tenido que luchar.

Es indudable que el Generalato del P. Beck, sobre ser uno de los más prolongados, será de los que dejarán más gloriosa historia. Afortunadamente, su muerte, aunque muy sensible, no causará perturbación alguna en la marcha de la Compañía, porque la gran ancianidad del Reverendísimo Padre Beck le había obligado á pedir su jubilación, habiendo Su Santidad aprobado el nombramiento de Vicario con futura sucesión al Generalato recaído hace algunos años en la persona del P. Anderledy.

En esta Corte ha fallecido el P. Luciano González Solís, natural de Cuerigo, en la provincia de Oviedo. A la edad de dieciocho años entró en la Congregación de las Escuelas Pías, siguió sus estudios en Madrid y empezó á enseñar en 1854. La obediencia le llevó tres años más tarde á los colegios de América, residiendo ocho en Puerto Rico consagrado á la enseñanza, confesorario y predicación; después regresó á Madrid y siguió iguales tareas en el colegio de San Antonio Abad. El P. Luciano era de gran saber y virtudes, por lo que su muerte ha sido sentidísima. El *Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús* lamenta igualmente su pérdida, por estar el P. Luciano encargado de las pláticas morales á los obreros de sus talleres, especialmente en el tiempo de Cuaresma.

También han fallecido:

En Santiago Sor María de los Dolores Pérez y Rico, hija de la Caridad.

En Osuna el arcipreste de la catedral de Sevilla D. Ramón Mauri.

En Argemona el presbítero D. José Soler.

En Huesca D. Bruno Casas, canónigo lectoral de aquella Santa Iglesia.

## ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.